

REAL ACADEMIA  
DE  
CÓRDOBA

COLECCIÓN  
T. RAMÍREZ  
DE ARELLANO

XI

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA  
**2 - CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS  
DEL CASCO HISTÓRICO**

# El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



## 2 - Callejeando por los barrios del casco histórico

FRANCISCO SOLANO  
MÁRQUEZ  
COORDINADOR



INSTITUTO DE  
BELLAS LETRAS  
REAL ACADEMIA  
DE CÓRDOBA  
1810

Coordinador  
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2024

2024

Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,  
reflejo de nuestra Historia

2

# **Callejeando por los barrios del casco histórico**

Coordinador:  
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES  
DE CORDOBA

2024

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA  
2 / CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS DEL CASCO HISTÓRICO  
Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

Coordinador:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Arco Bajo de la plaza de la Corredera

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-129784-0-7

Dep. legal: CO 2208-2024

Impreso en Litopress. [edicioneslitopress.com](http://edicioneslitopress.com) - Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

---

## 2. Callejando por los barrios del casco histórico



# El barrio de la Catedral o el laberinto infinito del poder y el espíritu

FÉLIX RUIZ CARDADOR\*  
Periodista

\*Nombrado Académico Correspondiente de la Real Academia de Córdoba el día 9 de mayo de 2024.



Escribir sobre Córdoba, sobre su historia inabarcable, repleta de genios y no exenta de tarambanas, siempre es un reto de altura. Más aún si el encargo que le llega a uno es hacerlo del barrio de la Catedral y de la Judería, dos de las zonas del mundo más cargadas de vivencias, de patrimonio, de arte, de anécdotas y, al fin y al cabo, de la milenaria vida cotidiana. Aunque el peligro en este caso es doble. Por una parte, está la tentación de procrastinar, que es lo que se dice en estos tiempos postmodernos cuando se aplaza algo que a uno le da pereza o le infunde respeto; por la otra, ponerse estupendo y empezar a soltar ditirambos y cargar la pluma, o el teclado, de decimonónico y muy adjetivado énfasis. Como antecedentes hay de ambos, el cronista de estas líneas lo que decidió al poco de recibir el encargo fue irse a reflexionar. ¿Y dónde? Pues al sitio más prosaico que quizá existe en toda la zona: la franquicia que la cadena de hamburgueserías norteamericana Burger King tiene en la calle Cardenal Herrero, polémica en su día cuando abrió pero hoy ya parte del paisaje de este siglo XXI. Allí, entre el olor de hamburguesas ‘whopper’, alitas de pollo con salsa barbacoa y helados McFurry, se trazó el itinerario de este viaje urbano, siempre bajo el lema de don Miguel Delibes de que lo mejor para la escritura es andar y ver; zapato cómodo y curiosidad, que siempre es una buena forma de echar el balón al suelo. De ponerse a la cosa y no perderse ni en temores ni en arrebatos sentimentales.

Dicho esto, lo primero que tocaba decidir era el comienzo, por dónde empezar. Y lo mejor pensó el cronista es hacerlo por donde millones de personas han accedido a la ciudad desde su fundación hasta hoy: por el Puente Romano. Lo de cruzar un río ha tenido algo de ritual y simbólico desde que el hombre es hombre y es por ello una magnífica forma de dejar atrás las preocupaciones cotidianas para em-

prender un viaje. La mítica pasarela aparece ya en el *Bellum Hispanicum*, la crónica que narra la batalla que libró y ganó Julio César contra los hijos de Pompeyo Magno. No se sabe sin embargo si ese trazado del siglo I a. C. era el mismo que hoy conocemos, que está datado al siglo siguiente, en el comienzo de la etapa imperial. El puente de hoy apenas nada conserva de aquellos primeros años, pues ha sido reformado una vez tras otra a lo largo de los siglos, en parte por los efectos del constante tránsito y en ocasiones por los daños que provocaban las crecidas.



*“Más allá de los cambios, el puente con la Mezquita al fondo es la imagen más célebre de la ciudad, la que todo turista se lleva en su cámara”, según el autor. (Foto MC).*

### **La imagen más célebre de Córdoba**

Hoy, tras las últimas reformas acometidas por el arquitecto Juan Cuenca a inicios del siglo XXI, ofrece al caminante que lo cruza una imagen limpia, a pesar de las críticas que en su día provocaron el granito rosa que hoy luce en la pasarela y las modernas y discutibles farolas de suelo. Hay quien añora su imagen anterior, que procedía de una gran reforma que se hizo en los años treinta del siglo XX, pero lo cierto es que en todas sus etapas el puente ha sido reformado según las tendencias de la época. También por necesidades puntuales, como

cuando fue destrozado en parte durante la guerra civil que libraron los hermanastros Pedro I y Enrique II en pos de la corona de Castilla. Más allá de los cambios, el puente con la Mezquita al fondo es la imagen más célebre de la ciudad, la que todo turista se lleva en su cámara y la que tantos dibujantes del pasado plasmaron en sus ilustraciones y grabados.

Transitada la pasarela, lo primero que se encuentra el paseante es la pétreo Puerta del Puente. La imagen que hoy conserva, aunque restaurada a inicios del siglo XXI, procede del siglo XVI, de 1572, que es cuando se le encargó su reforma al díscolo arquitecto Hernán Ruiz III, miembro de una saga de la que volveremos a hablar pronto en estas páginas. Lo que hizo fue convertir en monumental, y en honor a la estancia del rey Felipe II en la ciudad en los años de la rebelión de los moriscos, una puerta histórica que procede también del pasado romano y que fue la principal de Córdoba durante buena parte de los siglos en los que estuvo amurallada. Este acceso fue el más relacionado con el comercio que entraba por el puente y por el río, de ahí que tras la Reconquista se construyese a su derecha y a apenas unos metros la Aduana, que era donde se pagaban los tributos. Situada por vez primera por el investigador y académico José Manuel Escobar Camacho, ha sido excavada recientemente. También en esa zona derecha se puede ver hoy el Centro de Recepción de Visitantes, un moderno edificio del mencionado Juan Cuenca, y a la izquierda el elevado Triunfo de San Rafael que se construyó en el siglo XVII con proyecto del arquitecto francés radicado en Córdoba Jean-Michel Verdiguier. Es sin duda el Triunfo más imponente de la ciudad, símbolo más elevado de esta tradición que a Córdoba llegó desde Roma tras pasar por Granada y que aquí se adaptó de tal modo, con el arcángel como protagonista, que hoy es la ciudad española con mayor número de elementos monumentales de este tipo.

Podría uno demorarse en este asunto apasionante, o en las curiosas tensiones que Verdiguier mantuvo con su paisano Devreton, otro francés radicado en Córdoba en el mismo periodo. Pero en realidad una vez se cruza la puerta lo que llama la atención, lo que sobrecoge el ánimo de cualquiera, es la fachada Sur de la Mezquita. Cuesta creer que lo que es hoy un conjunto monumental que a cualquiera deja con sensación de pequeñez extrema fuese en el pasado una zona de campo ribereño con vegetación crecida y bucólicos pajarillos cantores. Pero

así fue en los inicios de la ciudad, ya que los romanos fundadores, en los siglos de la República, no ocuparon este espacio. Fue también durante el periodo de César Augusto cuando se urbanizó a fondo y se amuralló este terreno.



*Puerta del Puente, Triunfo de san Rafael y fachada meridional de la Mezquita, concentración de monumentos al inicio del paseo que propone el autor por el barrio de la Catedral. (Foto MC).*

Se construyó entonces la primera puerta que daba la bienvenida al viajero que llegaba por el puente y los investigadores apuntan que tuvo que ser en ese momento cuando comenzaron a construirse en la zona los primeros edificios relacionados con el poder, que es la principal misión, junto a la religiosa, que ha cumplido este barrio durante siglos. Las últimas excavaciones señalan por ejemplo que ya los visigodos combinaron desde el siglo V el poder civil con el religioso. Según las conclusiones más recientes de los arqueólogos, se construyó un complejo religioso y civil de gran importancia, pero que a finales del siglo VI se veía lastrado como toda la ciudad por la cruenta guerra que se desató entre el rey Leovigildo y su hijo Hermenegildo y que tuvo en Córdoba uno de sus focos, con lo que ello suponía de asedios, rapiña y destrucción.

Las crónicas cuentan que a comienzos del siglo VIII, cuando los musulmanes entraron en la ciudad, la imagen que ofrecía esta zona era deplorable, con edificios mal conservados y murallas medio derruidas. Aún así, decidieron mantener en ella el nuevo foco de poder civil y religioso y sobre los restos visigodos y romanos construyeron en este

espacio próximo al río sus dos principales edificios referenciales: la Mezquita Aljama y el hoy desaparecido Alcázar andalusí, que alojaría primero a los emires, luego a los califas y finalmente a los reyes de Castilla. El palacio-fortaleza caería bajo la piqueta en su inmensa mayoría con el paso de los siglos, pero el templo ahí sigue convertido en el monumento más visitado de Córdoba y en un símbolo no ya cordobés sino Patrimonio de la Humanidad.

Desde la fachada Sur de la Mezquita, hay que decidirse hoy para poder acceder al interior, abierto al visitante a través del Patio de los Naranjos, por una de las dos calles laterales, Torrijos o Magistral González Francés, borgianos senderos que se bifurcan. Opta el cronista por el segundo, en general menos transitado. Va observando las puertas refulgentes –la de Jerusalén, la del Sagrario, la de San José...– y también elementos aledaños. Por ejemplo, el Hotel Conquistador, que ofrece al turista restos de una *domus* romana y también andalusíes. O el típico Bar Santos, que pocos días antes de que se escriban estas líneas ha sido declarado como uno de los bares españoles que mejor cocinan la tortilla de patatas. Aunque aún es muy de mañana, ya se arremolinan allí los turistas con sus cámaras y ‘paloselfies’, a la espera de conocer la mágica unión gastronómica del huevo de gallina y la patata, el rico tubérculo que vino de América y que por tanto no conocieron ni romanos y visigodos, ni los musulmanes, ni los primeros cristianos que en el siglo XIV invadieron la ciudad. O sea, que Fernando III El Santo o Alfonso X El Sabio murieron ambos sin probar tal manjar, hoy santo y seña de la españolidad a pesar de las invasiones gastronómicas sucesivas.

### **La Mezquita-Catedral, el misterio de lo espiritual**

Con esa ocurrencia ociosa y liviana en la mente, entra el paseante en el Patio de los Naranjos por el postigo de Santa Catalina. Si cruzar el río tiene algo de simbólico, también estos breves pasos suponen una especie de tránsito hacia lo espiritual. Con ese fin fue construido el Patio más célebre de Córdoba, que mantiene su magia y sus liturgias, un misterio como fuera del tiempo establecido, con sus propios ritmos. Aún parece aludir a las abluciones que aquí hacían los musulmanes para entrar cargados de pureza a la Mezquita. La chavalería que cada día recorre el recinto en sus visitas escolares le pone un punto alegre a

la mañana, con sus risas y gritos en idiomas diversos. Unos se hacen fotos, otros se comen la merienda o la calórica bolsa de patatas fritas industriales, otros escuchan la explicación del profesor. También hay grupos de adultos con sus guías. Es una mañana benévola, de temperatura templada, y dan ganas de quedarse aquí con una novela, escuchando el rumor del agua de sus historiadadas fuentes, alguna de ellas con nombre tan curioso como la del Cinamomo, del siglo XVIII. Quizá imaginando cómo debía de sonar la llamada al rezo en los viejos tiempos de al-Ándalus desde el minarete, revestido como torre en el siglo XVI también por Hernán Ruiz III, o cómo serían las conversaciones de las decenas de mujeres que hace algo más de un siglo venían cada mañana a la fuente del Caño de Olivo a llenar sus cántaros en esos años en los que el turismo estaba en sus albores. La magia del lugar, cuya estructura vegetal de naranjos en fila comenzó a diseñarse en pleno Siglo de Oro, ya cautivó a un pintor tan especial y fascinado por el agua como Joaquín Sorolla, que aquí anduvo pintando durante dos viajes organizados por la Hispanic Society a inicios del siglo XX.



*La magia del Patio “más célebre de Córdoba” comenzó a diseñarse en pleno siglo de Oro. Al fondo la monumental Puerta de las Palmas, acceso principal a la Mezquita-Catedral. (Foto MC).*

Tiene el Patio de los Naranjos mucho que contar, como tantos elementos de este barrio, pero el caminante sabe que si uno se detiene demasiado en digresiones convertirá este relato, que por fuerza tiene que ser volandero e impresionista, en cosa densa. Así que sin más demora se adentra en la Mezquita-Catedral a través de la monumental

Puerta de las Palmas. Basta pisar ahí, dar un primer paso algo tímido, para cerciorarse una vez más de la habilidad que tuvieron sus constructores y promotores para hacer de este edificio un gran escenario espiritual, una especie de ventana a lo que nos une con el misterio irresoluble de estar vivo, con esas últimas preguntas a las que nadie puede responder con certezas. Hay algo de cinematográfico, de aislarse de lo que uno traía en mente y embeberse en el contexto, cada vez que se entra en este templo donde conviven la historia católica y la musulmana. Suenan aquí las voces distintas y también los pasos; tiene la luz su propio peso, como atravesado de siglos pero al mismo tiempo liviano. Da igual que uno sea cordobés y que lo trajesen aquí por vez primera sus padres antes siquiera de echar los primeros dientes: la Mezquita le sigue produciendo al paseante una sensación única y que tiene que ver con la capacidad de introspección y con cierto extrañamiento de uno mismo.

Escribir de la Mezquita también tiene siempre algo de carga que incomoda. Son tantos los buenos escritores, los grandes historiadores, los finos poetas y los notables pintores y dibujantes que por aquí han dejado caer su pluma o su pincel a lo largo de los siglos, desde que se empezase a construir a finales del siglo VIII, que es como si uno se pusiese a escribir un poema a una rosa. Es decir, que difícilmente podría salir de esas ideas que en el pasado fueron ingeniosas pero que hoy son ya tópicos consabidos, gastados como estas piedras historias por las que pisamos. Basta pensar en los trabajos del historiador Manuel Nieto Cumplido, que le dedicó a la Catedral un libro enciclopédico, y de otros muchos estudiosos y arqueólogos para sentir que aquí casi todas las palabras se han dicho ya. Sabido esto, el cronista piensa que lo mejor para evitar que la prosa se anquilose es no agobiarse, así que opta por caminar por este enorme edificio sin demasiadas pretensiones y disfrutando del instante, algo que no es fácil si se piensa en sus más de 22.400 metros cuadrados de extensión o en el hecho de que fuese en su periodo central el mayor templo religioso musulmán tras La Meca.

Impresiona como siempre el ‘bosque de columnas’ que definiese Théophile Gautier, que tras siglos descoloridas recuperaron al fin su policromía para que todos pudiésemos regresar con ello a su fastuoso pasado. Le gustan especialmente al caminante las zonas más antiguas, las que aluden a aquel primer Omeya que aquí llegó tras un largo pe-



*“Impresiona como siempre el ‘bosque de columnas’ que definió Théophile Gautier”, expresión que se repite desde entonces al hablar del monumento. (Foto MC).*

reginaje, Abderramán I, y que puso las bases de lo que habría de venir. También la de Alhakén II, que fue el califa que le otorgó con su ampliación el lujo incomparable de los años cimeros del periodo. La fascinación del ‘mihrab’, que él mandó construir tras el derribo del que existía previamente desde tiempos del emir Abderramán II, sigue siendo enorme cuando ya ha transcurrido un milenio largo desde su construcción. Si no fuese por esta zona quizá no tendríamos una concepción tan clara de lo que fueron los años dorados del Califato, porque ni los textos conservados ni los restos de Medina Azahara tienen la fuerza didáctica de la Mezquita y en especial de esta zona principal del edificio.

En el paseo por estas galerías que idearon los arquitectos musulmanes se topa uno de forma ineludible con los múltiples elementos cristianos que hoy conviven en el inmueble y que son parte de una misma unidad indisoluble desde que comenzó su uso católico tras la conquista de la ciudad por los cristianos. A menudo se alude a ellos como un elemento empobrecedor del edificio original, pero al cronista esto le parece especialmente desacertado, maniqueo al cabo. Quizá sea porque siempre he pensado que la historia de la Humanidad es más una historia de mezclas e impurezas que de utopías y esencias intocables, como se observa igualmente en el paso del periodo visigodo al andalusí. También porque tanto la zona de arquitectura hispano-musulmana como cristiana, con el conjunto de capillas, obras pictóricas y escultóricas que completan estos espacios, tienen un nivel de calidad fastuoso, que no desmerece respecto a cualquier otro gran templo cristiano español.



*Bóvedas y retablo de la Capilla Mayor, que proyectó Hernán Ruiz El Viejo a partir de 1523, en medio de una polémica entre los poderes religioso y civil del momento. Debajo, cabecera de la Capilla de Villaviciosa o lucernario de Alhakan II, que hasta el siglo XVI fue la Capilla mayor de la Catedral. (Fotos MC).*



Especialmente interesante es la actual Capilla Mayor, que diseñó Hernán Ruiz *El Viejo* a partir de 1523 y tras una polémica que ya fue importante incluso entonces entre los diferentes poderes religiosos y civiles del periodo. El edificio tiene planta de cruz latina y es ahí donde aparecen los elementos de cambio que acabarían dando lugar al tránsito del gótico al renacimiento, con apuntes también del manierismo. Tras la muerte del Hernán Ruiz I, la ingente tarea constructiva la siguió primero su hijo, el gran Hernán Ruiz II, fascinante personaje del XVI español, y más tarde Juan de Ochoa. Los últimos estudios aluden sin embargo a que fue *El Viejo* el que marcó la pauta constructiva con su gótico humanista, que así define el profesor Alberto Villar Movellán el estilo de este arquitecto a menudo difuminado por la gran

fama que luego alcanzaría su hijo tanto por sus obras en Córdoba y Sevilla como por sus delicados tratados arquitectónicos.

La huella cristiana se extiende también por las numerosas capillas secundarias de las que dispone la Mezquita-Catedral, algunas de ellas procedentes de los primeros años de dominación cristiana, como la Capilla Real o la Capilla de Villaviciosa, que en los inicios y hasta la ampliación del espacio católico del XVI fue la Capilla Mayor. El paseante las recorre con cierta premura, pero disfruta especialmente de las que más le gustan, como la de Santa Teresa, del gran arquitecto barroco Hurtado Izquierdo, o la de la Natividad de Nuestra Señora, cuya planta y bellísima cúpula diseñó el propio Hernán Ruiz II en sus años como maestro mayor de la catedral cordobesa.

A la memoria del cronista le llegan también durante su paseo los recuerdos de las leyendas que nacieron alrededor de este edificio. La originaria de ellas es la del ángel, que apunta a que Abderramán I tuvo un sueño en el que un emisario de Dios le pidió que hiciese algo por Alá y una vez que había sido el único superviviente del ataque sufrido por la familia omeya en Damasco, y que supuso su emigración hasta Córdoba. La Mezquita sería la respuesta del emir a los requerimientos angelicales. Otra historia curiosa, aunque más triste, es la que habla de un muchacho cristiano que quedó cautivo y amarrado a una columna por haber tenido una relación con una chica musulmana y que allí grabó una cruz durante esos momentos de tormento. Otro clásico de la cordobesía ha sido pensar que las aguas de la Fuente de Santa María, en el Patio de los Naranjos, tienen propiedades sanatorias. Tal virtud también se le ha achacado a algunas columnas, aunque a otra se la ha considerado infernal, pues desprendía olor a azufre. Las fábulas tratan de dar explicaciones a todo, incluso a la escultura del buey que hay junto a la Capilla Mayor y que se considera que es un tributo al animal que cargó con los materiales constructivos del edificio y que quedó exhausto y murió. Las leyendas tienen hoy, en estos tiempos de ciencia y arqueología, un candor entrañable y a su modo forman parte ya para siempre de la historia de este edificio.

Al caminante, fascinado por el dibujo desde hace años, hay otra cosa que le gusta de la historia de la Mezquita: la forma en la que el edificio ha sido plasmado por los artistas a lo largo de los siglos. Es un tema que ha tratado con profusión el profesor Antonio Gámiz Gordo y que nos permite conocer cómo era este edificio en los años decimonó-

nicos en los que los viajeros románticos se dejaban caer por una Córdoba que por entonces, después del sobresalto sangriento de la invasión y rapiña napoleónica, estaba como adormecida sobre los almohadones de su vieja historia califal. Según explica Gámiz Gordo en uno de sus estudios sobre el tema, “en la primera mitad del siglo XIX, justo antes de la proliferación de la fotografía como registro documental, numerosos viajeros y artistas pasaron por esta ciudad acometiendo dibujos de gran valor testimonial sobre este singular monumento”.



*Las litografías y grabados que dejaron los artistas viajeros románticos permiten conocer cómo era la Mezquita en los años decimonónicos. “Interior de la Mezquita de Córdoba” titula J. F. Parcerisa este dibujo de las naves, en el que imagina el rezo de unos musulmanes ente el mihrab. (Web Biblioteca Municipal de Córdoba).*

Aunque hay antecedentes de vistas de la Mezquita en los antiguos sellos del Concejo de Córdoba o en las vistas urbanas que se realizaron por encargo de Felipe II, será en el periodo romántico cuando esta querencia de los artistas por la ciudad se haga presente en la obra de personajes fascinantes como los franceses Louis Laborde y Bacler D’Able, el irlandés James Cavanah Murphy, el británico Richard Ford o el barón Isidore Justin Severin Taylor. Todos ellos, gracias a su ca-

pacidad para plasmar la vida cotidiana del edificio en un papel, han quedado también como historia curiosa de un monumento único en unos años en los que todavía no existía ni el turismo y la Mezquita se ofrecía como un rincón polvoriento pero también hechizado.

El paseo por la Mezquita, que, como ya se dijo, es impresionista y al paso, también permite disfrutar de algunas de las obras maestras pictóricas y escultóricas que incluye la Catedral. Por ejemplo, la espectacular Sagrada Cena de ese gran humanista cordobés que fue Pablo de Céspedes y en la que el espectador parece sumergirse con viveza en esa estampa bíblica cargada de sentidos o en el retablo de Nuestra Señora del Rosario con lienzos del gran maestro Antonio del Castillo. Impresiona como siempre la sillería del Coro de Duque Cornejo y se disfrutaban algunos de los cuadros que el Museo del Prado tiene depositados en este edificio desde el siglo XIX, cuando el canónigo González y Francés los solicitó para adornar varios vanos que habían sido tapiados como medida de seguridad tras el terrible terremoto de Lisboa.

En total, quedan hoy trece obras de esa cesión, una vez que fueron devueltos seis cuadros del pintor italiano Vicente Carducho tras ser reclamados por el Prado en 2011. De temática religiosa y procedentes de las desamortizaciones decimonónicas hay obras de Juan Pantoja de la Cruz y del fraile Agustín Leonardo de Argensola, aunque la mayoría de ellas son de autoría desconocida. El paseante tampoco se resiste a acercarse a una obra contemporánea que tiene especial significado para él, el mausoleo del obispo José Antonio Infantes Florido. Por una parte porque fue este prelado de grato recuerdo el que lo confirmó en la fe a uno hace ya tres décadas y por otra porque se trata de una obra artística que salió de la mano de un amigo muy querido y que aquí brilla junto a los grandes maestros del pasado, el escultor José Manuel Belmonte Cortés.

### **El antiguo Alcázar andalusí o la neblina del poder**

Visto todo ello sale el paseante de nuevo al Patio de los Naranjos y al sol de la mañana por el Postigo de los Deanes. Es un tránsito inverso, ahora desde lo espiritual hacia lo mundano que es la calle Torrijos, donde un grupo de japoneses espera con esa disciplina tan suya. Luego hace una parada estratégica en el restaurante Bandolero, que a esas horas comienza a oler a delicioso sofrito de la paella valenciana que es

hoy su especialidad. Piensa allí, mientras toma un café, que las mismas notas que ha esbozado para redactar este texto podrían haber sido otras bien distintas. Al fin y el cabo, la Mezquita-Catedral es un edificio que requiere para su abordaje de una estrategia enciclopédica y el objetivo de este artículo ni va en esa línea ni tampoco el cronista sería la persona más indicada para hacerlo. Asumido eso, toca echarse de nuevo a la calle y seguir avanzando en dirección a lo que hoy es el Alcázar de los Reyes Cristianos. Es decir, calle Torrijos abajo en dirección al río.

A la izquierda conforme avanza el cronista se suceden otras puertas de la Mezquita, la de los Obispos, la del Espíritu Santo o el Postigo de Palacio. A la derecha, los edificios que hoy ocupan lo que en su día fue la parte habitada del Alcázar musulmán, construido a su vez sobre un edificio palaciego romano en el que se cree que también habitaron grandes reyes visigodos como Chindasvinto o Don Rodrigo. En la época andalusí lució como un enorme edificio en el que se incluían la zona palaciega y habitada en primer término, luego los jardines y como colofón los baños califales y el alcázar defensivo. Todo lo que era ese enorme complejo en el que vivieron emires y califas se encuentra hoy reurbanizado con diferentes edificios como el actual Palacio de Congresos, antiguo hospital del XVI con poderosa portada de Hernán Ruiz I; el Palacio Episcopal, en el que durante la reforma de 2019 se descubrió una letrina del periodo andalusí; o el histórico Seminario de San Pelagio. También la que ha sido durante los últimos años la Biblioteca Provincial de la Junta de Andalucía, la calle Amador de los Ríos y la plaza del Campo Santo de los Mártires, en la que se pueden visitar los Baños Califales, que son los restos de aquel periodo brillante que mejor se conservan.

De estos nuevos inmuebles que se fueron alzando es el Palacio Episcopal el más llamativo sin duda, fruto de las numerosas transformaciones que realizaron siglo tras siglo los diferentes obispos. Lo hicieron desde que en el siglo XIII el rey Fernando III El Santo, certificada la conquista de la ciudad, decidió cederlo a la Iglesia, por lo que pasó a convertirse en la Casa del Obispo. Hoy alberga en su interior el magnífico Museo Diocesano, con numerosas piezas artísticas desde el siglo XIII en adelante, y algunos elementos tan deliciosos como la Fuente del Elefante, de origen califal y que apareció en los alrededores de Santa María de Trassierra. Una de las curiosidades de este Palacio

eclesial es que ha sido parada y fonda de reyes durante siglos. Se puede decir por ello que monarcas de muy diversos periodos como Fernando III, Alfonso X El Sabio, Sancho IV o Felipe II durmieron sobre el mismo palmo de terreno en el que antes lo habían hecho los emires y califas. Piensa el caminante que por la noche todos los gatos son pardos, así que por igual sonarían los ronquidos de unos y otros –ronquidos califales o regios pero ronquidos al cabo– y por igual sus ahogos en las noches calurosas de la Córdoba estival y diabólica.



*En la calle Torrijos destaca, frente a la Mezquita, el Palacio Episcopal, que conserva vestigios del antiguo Alcázar califal, como los potentes contrafuertes de la fachada. (Foto MC).*

El caminante, que sabe que no tiene espacio para tornarse en guía minucioso de museos, sigue a lo suyo, que como el propio nombre indica es caminar. Dobla hacia la calle Amador de los Ríos y al pasar por el Seminario de San Pelagio le viene a la cabeza que por aquí mismo, no muy lejos, puede que reposen aún hoy los restos de los grandes emires y califas andalusíes. Nada de eso saben seguro los miles de cordobeses y turistas que cada día se afanan por estas aceras y nada sospechaban tampoco los historiadores del XIX, más pendientes de su pasado reciente, de las leyendas populares y la crónica negra, pues no tenían la fortuna de contar con la ciencia arqueológica de hogaño, que diría el querido profesor Cuenca Toribio. Lo cierto, sin embargo, es que los últimos estudios de especialistas actuales sitúan en estos terrenos la vieja *rawda* andalusí, aunque por ahora jamás se haya dado con ella por la dificultad que tiene excavar en una zona construida.

El camino, más allá de especulaciones históricas sobre tumbas emirales y califales, conduce de inmediato hacia el ensanche agradable del Campo Santo de los Mártires. Permanecen allí, a la espera de turistas, dos carros de caballos, que evocan la importancia que los equinos tuvieron en estas calles durante los siglos en los que el invento del motor todavía ni se presumía. Los conductores hablan de fútbol, de lo mal que anda ahora el Córdoba tras un esperanzador inicio de temporada y de que ya mismo se cargan al entrenador, un clásico de la ciudad contemporánea en estas calendas. Justo al lado, una escultura mucho más lírica que la conversación deportiva recuerda el amor de los poetas del siglo XI Ibn Zaydum y Wallada, un romance que vivió momentos cimeros de deseo y amor romántico pero que al final acabó como el rosario de la aurora, con infidelidad de Zaydum y altas dosis de poético e inspirado rencor.



*Bajo esa plataforma que se extiende en el Campo Santo de los Mártires se encuentran los Baños Califales, excavados en los años sesenta y abiertos al fin en los albores del siglo XXI, los más importantes que tuvo Córdoba en aquel periodo. (Foto F. Ruiz).*

Más adelante, se pueden visitar los evocadores Baños Califales, excavados en los años sesenta del siglo XX, abiertos al fin en los albores del XXI y que fueron los más importantes de los 4.000 que dicen que tuvo la ciudad en ese periodo. Allí los visitantes suelen pensar en la vida bien relajada y ricamente hidratada que debían llevar los mandatarios andalusíes sin caer en la cuenta que algunos de ellos cayeron asesinados mientras tomaban reposadamente las aguas. Es el caso de Ali Ben Hamud, VI Califa, y al que tres de sus guardias se quitaron

del medio a puñaladas mientras se daba un plácido baño en el año 1018. La misma suerte corrió seis años más tarde Abderramán V, al que asesinaron en los hornos de sus baños por orden de su primo. Ambos regicidios dan cuenta del ambiente crepuscular y violento que se apoderó de la ciudad tras la muerte de Almanzor y que acabaría conduciendo a la destrucción del Califato y a la clausura del periodo más brillante en la historia de la ciudad.

Para acabar la visita a esta plaza, el cronista se acerca al Alcázar de los Reyes Cristianos y a las Caballerizas Reales. Aunque en este proyecto quedan enmarcadas en el barrio vecino del Alcázar Viejo es necesario al menos contemplar ambos edificios como una parte más de la evolución del antiguo Alcázar musulmán, pues se alzan sobre los terrenos traseros de lo que fue el gran edificio emiral y califal. El Alcázar cristiano, en el que los Reyes Católicos recibieron a Cristóbal Colón para analizar su proyecto de viaje a las Indias, está ligado a otro rey con fuerte vínculo cordobés, Alfonso X El Sabio, pues fue quien decidió trasladar su residencia desde el viejo Alcázar musulmán hasta esta zona, que anteriormente se había dedicado a espacio defensivo, cuadras y acuartelamiento de tropas y que a partir de entonces fue transformada para convertirse en un lujoso palacio. Hoy es uno de los grandes atractivos de la ciudad, enriquecido con unos de los jardines más fotografiados del mundo y también con diversas piezas arqueológicas y espectaculares mosaicos romanos.

En cuanto a las vecinas Caballerizas Reales, su origen está ligado a otro monarca, aunque en este caso del siglo XVI, Felipe II. Allí nació el caballo de pura raza español y hoy se potencia junto al Alcázar con espectáculos nocturnos, mientras espera una gran reforma que lo convertirá en Centro Internacional del Caballo, con una de sus alas dedicada a sala de exposiciones. El paseante, que conoce bien ambos edificios, se aleja ilusionado con la idea de que estos proyectos se hagan realidades y permitan al fin que estos dos inmuebles patrimoniales maravillosos, cargados ambos de historia y de anécdotas, se conviertan pronto en un tesoro abierto a la ciudad y al mundo, incluso unido por ese túnel subterráneo que existe desde hace siglos y que se encuentra hoy tapiado y a la espera de la aprobación del proyecto definitivo que permita su recuperación, por la que tanto está luchando el arqueólogo municipal Juan Murillo.

## La Judería: evocación del pasado y motor del turismo

El caminante vuelve sobre sus pasos y pasa ligero junto al restaurante La Almudaina, un clásico de la buena mesa cordobesa y que está situado a escasos metros de lo que se cree que fue la ceca o casa de la moneda en los tiempos del Califato. Salen de La Almudaina aromas vivificadores de fogón, del especiado característico del rabo de toro, un imprescindible de la mesa cordobesa. También de la Calleja del Salmorejo Cordobés. Atrás va quedando ya esa gran manzana del poder y lo espiritual por la que comenzó este paseo, que a partir de ahora se vuelve más mundano, sin tantos califas, monarcas y oropeles como los pasajes anteriores, pero también cargado de atractivos.

Lo que ahora se afrontará es el caserío de calles estrechas que compone el histórico barrio de la Catedral y la Judería cordobesas, un laberinto de callejas en el que en el pasado hacían vida los cordobeses y hoy lo hacen mayormente los turistas, pues la ciudad contemporánea vive a menudo de espaldas a estas zonas del casco histórico. Extraño porque al final casi todo cordobés se siente enamorado de la Judería y de la Mezquita-Catedral, de sus historias y sus leyendas, de sus olores y atractivos, pero al final las nuevas formas de vida complican el acercarse a un barrio en el que hoy predominan los negocios pensados para el turista.

El viajero piensa en eso, en la evolución de la ciudad contemporánea, mientras encamina sus pasos por la calle Tomás Conde. A un lado deja el hotel Las Casas de la Judería en la Casa de las Pavas, palacio histórico en el que algunos historiadores creen que



*Penetramos en la Judería por la calle Tomás Conde, a cuyo inicio la antigua Casa de las Pavas ha sido transformada en el lujoso hotel que ostenta en su nombre el del barrio, Las Casas de la Judería. (Foto MC).*

vivió el gran poeta del Siglo de Oro Luis de Góngora, aunque no haya documento alguno que lo acredite. Se trata de uno de los abundantes establecimientos hosteleros que hoy reinan en estos barrios de la Mezquita y la Judería construidos en antiguos palacetes y edificios señoriales y que han pasado a convertirse en auténticos paraísos al alcance de cualquiera que pueda pagarse la estancia, que en primavera alcanza precios locos pero que el resto del año resulta hasta cierto punto asumible. A la derecha, en Manríquez, queda la Casa de los Marqueses de la Motilla, construcción palaciega con origen en el siglo XVI, y algo más adelante la plaza de Juda Leví y el Centro de Arte Contemporáneo Rafael Botí, islote de modernidad creativa en cuyas obras de transformación, a inicios de la actual centuria, apareció un interesante mosaico romano.

Sin desviarnos de Tomás Conde, un restaurante de comida sefardí sirve de recuerdo y homenaje a los judíos que dieron nombre a este barrio y que luego, en el siglo XV, tuvieron que exiliarse obligados o convertirse por obligación regia, por lo que el judaísmo se esfumó en unas calles en las que durante siglos fue religión común. También ha abierto recientemente un restaurante uruguayo especializado en carnes. Al fondo aparece ya la plaza de Maimónides, que además de otro hotel muy conocido, el NH Amistad, que linda con la vieja muralla occidental, ofrece dos puntos de interés donde suelen pararse los turistas, el Museo Taurino y la estatua que recuerda a Maimónides, situada en la pequeña plaza de Tiberiades.

El Museo tiene encanto para cualquier aficionado a la tauromaquia o simplemente a la Historia. Aunque las cifras de visitas están mejorando, siempre aparece en las estadísticas como el museo cordobés menos visitado, quizá porque nunca se ha sabido ofrecer un plan expositivo que fascine o simplemente porque los toros se van convirtiendo con los años en una afición muy nuestra pero que a los turistas extranjeros y a las juventudes que crecieron viendo hablar a los animales en las películas animadas les puede parecer un museo de los horrores. El Taurino, que es el único de su tipo en España que está fuera de una plaza de toros, tiene como sede otra de las grandes casas señoriales del siglo XVI y vinculado desde comienzos del siglo XVII a la familia de Góngora, que por estas calles está claro que transitó en su niñez, quizá envenenado ya de versos. El plan museístico permite conocer variados aspectos de la lidia y del mundo de la tauromaquia.

Hay cuadros de grandes pintores como Julio Romero de Torres, Vázquez Díaz, Pedro Bueno y esculturas de dos maestros de la Edad de Plata como son Mariano Benlliure y Mateo Inurria.

También numerosos recuerdos de los cinco califas del toreo, que es como se conoce a los toreros cordobeses que consiguieron dominar el escalafón y ser figura de referencia en el momento histórico que les tocó vivir. Lagartijo, Machaquito, Guerrita, Manolete y El Cordobés son los cinco elegidos, cada uno con una forma distinta de torear y de vivir. Quizá de todos ellos el que más impacto suscita hoy es Manuel Rodríguez *Manolete*, con su eternidad de mito clásico que hace unos años fue llevada al cine con escasa fortuna artística. Es curioso ver sin embargo cómo los alemanes se fascinan con el legado de El Cordobés, un personaje de fama planetaria que trascendió por completo los lími-



*Fachada del Museo Taurino, en la plaza de Maimónides, a quien se dedica una estatua sedente al inicio de la calle Judíos, labrada por Amadeo Ruiz Olmos. (Fotos F. Ruiz).*



tes de la tauromaquia con su personalidad irrepetible y que aún hoy, ya octogenario, acapara titulares y portadas. El Taurino se completa con un espacio didáctico que permite conocer los distintos encastes y que coloca al toro bravo, animal mitológico que ya aparecía en las leyendas clásicas griegas, en el centro de un mundo hoy controvertido pero fundamental sin duda en la cultura y los gustos de los cordobeses de los últimos siglos.

El caminante sale de nuevo a la plaza y se acerca un instante a la estatua de Maimónides, donde un grupo de jóvenes turistas italianos aprovechan para hacerse fotos y descansar un rato en la umbría de la recoleta plaza de Tiberiades. Corre en los últimos años la leyenda de que si frotas las babuchas de la escultura, colocada durante la dictadura franquista y que es obra del gran escultor valenciano Amadeo Ruiz Olmos, Maimónides te concede el deseo que pidas. Otras veces la superstición alude a que si lo frotas se te transmite la sabiduría del personaje homenajead. Curiosa ficción popular en plena postmodernidad que contrasta con el rigor intelectual que presidió la vida de este galeno del siglo XI, que en Córdoba vivió hasta la adolescencia y que tuvo que marcharse junto a su familia en los difíciles años de la intransigencia almohade.

A Maimónides se le recuerda especialmente en el mundo judío, pues además de un médico avanzado a su tiempo combinó esos saberes con la teología y la filosofía. La escultura de Ruiz Olmos conecta este rincón de la Córdoba histórica con momentos fascinantes como el Egipto del gran sultán Saladino, en el que vivió el prestigioso médico cordobés. Es esta escultura de Ruiz Olmos una de esas ventanas al pasado que tanto le gustan al cronista y que las esculturas, cuando están bien hechas, logran abrir, convirtiendo espacios anodinos en zonas de interés divulgativo y por ello turístico.

### **La Sinagoga y la convivencia religiosa**

La figura de Maimónides, con todo el trasfondo que supone, es perfecta para entrar en ambiente antes de subir por la calle Judíos, una estrecha vía de sombra casi perenne y en la que se encuentra el segundo edificio más visitado de Córdoba: la Sinagoga, que gestiona la Junta de Andalucía. Se trata de una de las escasas sinagogas medievales que se conservan en España y que en Córdoba se descubrió a finales

del siglo XIX, pues tras la expulsión de los sefardíes el edificio sufrió importantes transformaciones y se dedicó a otros usos como hospital primero y más tarde como ermita católica, dedicada a los santos Crispín y Crispiniano, patronos del gremio de los zapateros.

Fue un párroco el que, en 1876, reconoció las inscripciones hebreas mientras realizaban unas obras de mejora en uno de los retablos cristianos. El hallazgo despertó el interés del arqueólogo y pintor Rafael Romero Barros, padre de Julio Romero de Torres, y en 1884 se consiguió descubrir la inscripción original. Solo un año más tarde se la cataloga y protege como Patrimonio Nacional. Luego pasarían varias décadas, con no pocas polémicas y tiras y aflojas, hasta que en 1911 se produjese el acuerdo de cesión entre la Iglesia y el Estado, que finalmente le transfirió la gestión a la administración andaluza en los comienzos del actual periodo democrático y de la implantación de la España de las autonomías.



*Interior de la Sinagoga medieval, descubierta a finales del siglo XIX, que tras la expulsión de los sefardíes sufrió importantes transformaciones y se dedicó a otros usos, como el de ermita cristiana del gremio de los zapateros. (Foto F. Ruiz).*

La visita a la Sinagoga, aunque hoy esté desacralizada, tiene mucho de espiritual, pues las inscripciones y la decoración que se conservan trasladan con facilidad al visitante a esos siglos de convivencia religiosa, no tan dulce y utópica como a veces se pretende pero convivencia al fin y al cabo. Un error común con la Sinagoga es pensar que es el edificio al que iban los judíos en la época andalusí, algo imposible porque en realidad este edificio se construyó, según reza la mencionada inscripción fundacional, en 1315, una centuria después de que las tropas cristianas de Fernando III *El Santo* hubiesen conquistado la

ciudad. Su uso original sería por ello relativamente breve, pues con la expulsión de los judíos tras el Edicto de Granada de 1492 fue reconvertido en centro hospitalario. La ciencia arqueológica, que tantas alegrías está dando a los cordobeses del siglo XXI, ha excavado en los últimos años en los solares colindantes a la Sinagoga. La conclusión a la que han llegado es que el edificio religioso era una parte de un complejo más amplio, ya que han encontrado restos de un posible *makvé* o bañera ritual y también de lo que debió de ser una escuela hebrea. La Junta de Andalucía ha prometido impulsar aquí un centro de interpretación de este espacio religioso.

La Sinagoga es visita de calidad pero rápida por su reducido tamaño, así que el paseante sale de nuevo a la calle Judíos y sigue su caminar. Parada obligada a apenas unos metros es la Casa de Sefarad, en la confluencia con la calle Averroes y que vino hace unos años a completar la información sobre la presencia judía en la ciudad y sobre la maravillosa cultura sefardí, olvidada durante siglos. Este centro de divulgación se inauguró en los albores del siglo XXI, en 2004, en una casa original del siglo XIV y que hasta el siglo XIX se usó como uno de los muchos edificios de vecinos que tuvo la ciudad. Detrás de este proyecto está el empeño del historiador Sebastián de la Obra, que la define como una “casa de la memoria” y como un acto de justicia a todos los cordobeses judíos que tuvieron que emigrar por culpa de la intolerancia religiosa. Con sus estudios, conferencias, conciertos y exposiciones, la Casa de Sefarad está logrando sacar a la luz la historia de los sefardíes y la biografía y legado de numerosos artistas, científicos o pensadores que habían caído en el olvido pero que fueron fundamentales en la Córdoba de su tiempo.

Para el paseante es un placer recorrer las cinco salas de exposiciones que tiene este museo alrededor de su patio central. Allí, y en un corto periodo de tiempo, puede el visitante conocer la cultura sefardí, la historia de la judería cordobesa, los grandes personajes, el papel de las mujeres o los ciclos festivos que marcaban el calendario de estos cordobeses del medievo. Sin duda, un remate perfecto a este pequeño ciclo del paseo que nos sumerge de lleno en la cultura judía y nos permite disfrutar de una Córdoba que durante muchos siglos estuvo perdida hasta que comenzó su lenta recuperación en el siglo XIX.

Siguiendo por la calle Judíos, otra propuesta privada para el paseante es la Casa Andalusí, otro pequeño museo ubicado en este caso

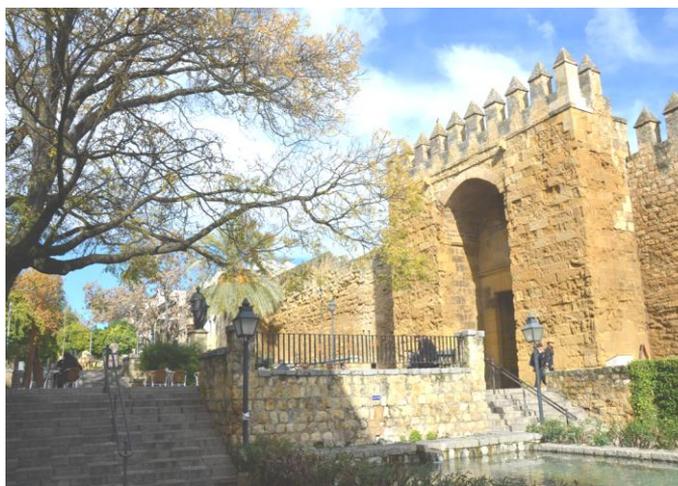
en un edificio mudéjar del siglo XII y que permite hacerse una idea de cómo era una vivienda de al-Ándalus. Se puede acceder al frondoso patio y a diferentes estancias privadas. Lo completa una exposición sobre la elaboración del papel, en la que se puede conocer la forma en la que producían un material que era esencial por supuesto para la transmisión del amplio conocimiento en diversas materias que alcanzó la sociedad cordobesa, en los siglos del emirato y del califato especialmente.

Tanta información, que se acumula en un espacio tan exiguo como es la calle Judíos, merece un descanso, que en la misma vía se puede hacer en dos tabernas estupendas. Una clásica, la Bodegas Guzmán, que ya desde la misma entrada, con tanto sabor a la Córdoba ida de las tertulias despaciosas, nos llama por el aroma a vino de Montilla-Moriles que sirve atento Rafael Guzmán. Destaca aquí el ambiente taurino, en especial el salón dedicado al mejor torero que ha dado esta tierra en el actual periodo democrático, Juan Serrano *Finito de Córdoba*. La otra taberna, ya en la esquina con la calle Puerta de Almodóvar, es Casa Rubio, que mantiene su encanto original de taberna antañona a pesar de la reforma que se acometió ya en el siglo XXI. Allí conviene siempre probar su mazamorra, una delicia que nos conecta con nuestros ancestros, con los años previos a la llegada del tomate desde América. Como tantos otros platos cordobeses y andaluces, es una receta doméstica de aprovechamiento, sencilla, con ajo, pan y aceite. La mazamorra, como la magdalena de Marcel Proust, tiene la capacidad de conectarnos con otros tiempos y otras vidas. Al paseante, mientras disfruta de tan rica vianda, le vienen a la cabeza los viejos dornillos de madera, las mujeres ligando la mazamorra o el gazpacho, el olor a pan mojado con vinagre que ponía su aroma a los mediodías de viejos veranos.

### **Puerta de Almodóvar, el recuerdo de las viejas murallas**

Repuesto, el paseante retoma su volandero itinerario. Como capricho personal, sale por la Puerta de Almodóvar y saluda a la escultura de Séneca, que es quizá su personaje favorito de la historia cordobesa, sin duda el más universal y que aún sigue siendo citado a menudo en doctorados, conferencias o campañas electorales, curiosamente más en Estados Unidos que por estas antiguas tierras romanas en las que el

pensador vivió. La escultura también salió del taller de Amadeo Ruiz Olmos en los años sesenta, una década en la que el alcalde Guzmán Reina decidió dedicar varias estatuas a cordobeses de diversos periodos. La particularidad de esta figura, como ha explicado el biógrafo de Séneca, ese *gentleman* cordobés que es el historiador y académico Alberto Monterroso, es que su rostro sí se puede considerar como bastante fiel a la descripción original del personaje, mientras que otros muchos que se han hecho a lo largo de la historia pertenecen al terreno de la fantasía a pesar de la gran celebridad que algunos de ellos han cosechado.



*El paseante “sale por la Puerta de Almodóvar y saluda a la escultura de Séneca, que es quizá su personaje favorito de la historia cordobesa, sin duda el más universal”.*  
(Foto MC).

La razón de salir de la Puerta de Almodóvar y del casco no era sin embargo solo esa, sino también cumplir con un rito: el echar una mirada al Hospital de la Cruz Roja, que es el lugar donde el cronista nació hace ya casi medio siglo. El edificio, que tiene ese encanto familiar y acogedor de toda la arquitectura de la Edad de Plata, fue inaugurado en 1933 y se construyó bajo proyecto de Juan de Cárdenas. Hay algo hermoso en conocer donde nació uno, ese lugar único donde vio la primera luz y olió los primeros aromas, donde lloró ante el misterio de la primera noche en la Tierra, y en poder detener un instante el paseo para echar la vista atrás. Y también algo irónico en saber que no es para nada algo único ni raro, pues allí hemos nacido, llorado y despertado a la vida miles de hijos de profesoras de la educación pública por cuestiones del seguro. Se trata al fin y al cabo de detalles de la microhisto-

ria personal pero que aquí quedan mezclados con la microhistoria de la ciudad. Al final en la vida todo, lo grande y lo pequeño, se teje y entreteje con el desorden propio de las cosas mundanas.

El recorrido vuelve a la Córdoba intramuros a través de la Puerta de Almódovar, que se mantiene ahí como recuerdo de todas esas puertas que tuvo la ciudad en el pasado. Piensa el paseante mientras cruza que la historia de las murallas y las puertas de entrada de la ciudad ha sido abordada a lo largo de las décadas por decenas de investigadores, aunque casi siempre de un modo algo fragmentario. Los principales arqueólogos del siglo XX también han trabajado en ellas, mientras que el Siglo de Oro y las centurias posteriores dejaron el testimonio de cronistas cultos como Vaca de Alfaro, Ramírez de las Casas-Deza o Teodomiro Ramírez de Arellano, que conocieron mucho más de lo que ahora se puede ver. Hoy, los restos principales de las murallas que quedan están diseminados y muy distantes entre sí, siendo las zonas más conocidas ésta en la que ahora estamos del flanco occidental, la Puerta de Sevilla, la Torre de la Malmuerta, el Arco del Portillo o el largo lienzo del Marrubial.

### **Cardenal Salazar, la confluencia del saber y la gastronomía**

La historia de las murallas es al cabo la historia del miedo de la ciudad en años de peligros y su destrucción una consecuencia de las centurias de paz, de un progreso en cierto modo feliz pero que aún no era consciente de la necesidad de avanzar conservando el pasado. En eso piensa el cronista mientras retoma su camino hacia la calle Almanzor, que debe su nombre a un gran palacio que hubo en esta zona y que se supone que habitó el célebre caudillo andalusí para ser posteriormente, tras la Reconquista, residencia de acaudaladas familias cristianas.

Esta vía conduce, tras dejar a un lado la taberna Casa Bravo, de gratos recuerdos gastronómicos, flamencos y navideños, hacia la plaza del Cardenal Salazar y la calle Romero, otro de los puntos de mayor atractivo de esta zona de la ciudad. Como es ya hora del almuerzo, los fogones de El Churrasco y de Casa Pepe de la Judería emanan ese aroma rotundo y delicioso de carnes a la parrilla, que tanto han hecho salivar a los estudiantes de Filosofía y Letras en las últimas décadas, ya que ambos establecimientos están apenas a unos metros de la Fa-

cultad. Se ve en este ensanche una curiosa mezcla de turistas y estudiantes, un rasgo distintivo y precioso de este barrio que a punto estuvo de esfumarse cuando algún iluminado planteó hace unos años llevársela desde aquí a las frías llanuras racionalistas del Campus de Rabanales. Por fortuna, la idea no prosperó y lo que emprendió la Universidad con buen criterio fue una ampliación del centro universitario, del que en breve hablaremos. El caso es que aquí conviven los chicos y chicas que pasean con sus sueños letraheridos e historiados, tan raros ellos en estos tiempos dominados por la ciencia y la tecnología, y los turistas que andan a la búsqueda del enigmático salmorejo del que tanto leen en las guías de viajes de Lonely Planet y similares en los días previos al viaje.



*En la calle Romero conviven las letras con la gastronomía, representada aquí por los restaurantes El Churrasco y Pepe de la Judería, que con el cercano Caballo Rojo constituyen un trío de referencia. (Foto MC).*

Antes de hablar de la Facultad y de su magnífico edificio procede sin embargo detenerse un momento en la historia de El Churrasco, que está en cierto modo hermanada con la del restaurante El Caballo Rojo, situado a escasos metros, junto a la Mezquita. Ambos establecimientos fueron el centro de la revolución gastronómica que Córdoba vivió en la segunda mitad del siglo XX y que luego se ha extendido en el XXI con nuevos cocineros de vanguardia, hasta el punto de convertir a la ciudad en uno de los destinos culinarios más prestigiosos de España. Detrás de ambos proyectos están unos empresarios pertinaces y visionarios, que supieron leer las circunstancias de su época y aprovechar la expansión del turismo que Andalucía comenzó a vivir en los últimos compases del franquismo con el desarrollismo. En el caso de El Churrasco es imposible no hablar de Rafael Carrillo y de María Maestre, el matrimonio que lo abrió como mesón modesto en 1970 y que con los años lo convirtió, gracias a su maestría con las carnes de

Los Pedroches, en lo que es hoy: un templo gastronómico y enológico en el que han almorzado o cenado reyes, primeros ministros, poetas insignes, cantantes celebérrimos, artistas plásticos y escénicos y glamorosas estrellas de Hollywood.

Lo mismo se puede decir de El Caballo Rojo, una iniciativa del empresario hostelero José García Marín, que comenzó en la taberna San Cayetano, en la avenida dedicada entonces al Obispo Pérez Muñoz, luego se estableció como El Cabello Rojo en la calle Deanes y en 1971 se trasladó bajo tan precioso nombre a su actual emplazamiento. Al igual que El Churrasco, el Caballo ha sido destino, y lo sigue siendo, ya en su tercera generación, de políticos, monarcas y celebridades, todo gracias a una gastronomía tradicional y muy basada en la calidad de los productos de la tierra. No ha faltado sin embargo en estos espacios la innovación, con la creación de platos de inspiración árabe e historicista, un proceso en el que tuvo una influencia un personaje fascinante de la Córdoba del XX, el jesuita y humanista Feliciano Delgado, catedrático de la vecina Facultad de Letras y presencia inolvidable de estas calles ilustradas.

La triada de restaurantes célebres de este entorno la completa, en la calle Romero, Pepe de la Judería, un clásico que comenzó como taberna El Triunfo y que debe su nombre a José Jiménez Aroca, hostelero fallecido en los años ochenta. Actualmente, desde 1994, lo gestiona el matrimonio de empresarios formado por Miguel Cabezas y Lola Carmona, personajes fundamentales en este barrio desde entonces, ya que han abierto varios establecimientos en los que prima siempre el buen gusto, un moderno concepto gastronómico, la magnífica decoración y por supuesto una gastronomía cordobesa de gran calidad. Cabezas, hombre inquieto y generoso, incluso ha sido dirigente de la asociación vecinal del barrio. Un detalle curioso añadido de estos espacios es que han ejercido el mecenazgo artístico, de tal modo que en todos ellos hay obras muy interesantes de artistas contemporáneos fundamentalmente cordobeses así como distintas antigüedades.

### **El hospital reconvertido en Facultad universitaria**

El entorno de Cardenal Salazar, más allá de esta historia gastronómica, está marcado por otros dos edificios: la Facultad de Filosofía y Letras y el convento de San Pedro Alcántara, uno de los muchísimos

edificios de clausura con los que contó Córdoba en las centurias posteriores a la Reconquista. De atmósfera barroca, lo más rotundo de la plaza es la fachada del hoy edificio universitario, ubicado en lo que se conoce como Hospital del Cardenal Salazar, en referencia al obispo mercedario de tal apellido, que compró el edificio a inicios del XVIII con el objetivo de convertirlo en un colegio para los niños del coro de la Catedral. Encargó los trabajos al mejor arquitecto del momento, el lucentino Hurtado Izquierdo, que realizó un magnífico trabajo en un edificio que tiene, además de la portada, dos patios interiores muy luminosos y una gran escalera señorial. Lo curioso de la historia de este inmueble es que nunca llegó a ser colegio de infantes, sino que, por culpa de una epidemia, se tuvo que abrir como hospital de asistencia para las personas infectadas.



*En la recoleta plaza del Cardenal Salazar sobresalen los edificios de la Facultad de Filosofía y Letras y la iglesia del antiguo convento de San Pedro de Alcántara, ambos de época barroca. (Foto F. Ruiz).*

Durante siglos mantuvo esa función sanitaria, hasta que a finales de los años sesenta del siglo XX cambió de uso para abrir finalmente en los albores de los setenta como Colegio Universitario adscrito a la Universidad de Sevilla, que dio paso a la Facultad de Filosofía y Letras tras la creación en 1972 de la Universidad de Córdoba. Como testimonio de su pasado queda la preciosa Botica, aunque lo que hoy

domina allí es la modernidad que le aportan los jóvenes estudiantes con sus ‘looks’ entre deportivos y bohemios. El edificio, sobre el que también circulan diversas leyendas debido a su pasado tan ligado a la enfermedad y la muerte, se ha ampliado además en las últimas décadas tras la adquisición de casas colindantes y hoy cuenta con aularios modernos y una de las mejores bibliotecas de Córdoba. Incluso artistas contemporáneos como Juan Serrano Muñoz y Miguel Gómez Lozada han dejado allí la impronta de su creatividad.

Algo anterior al hospital es el Convento de San Pedro de Alcántara, por el que a lo largo de los siglos pasaron varias congregaciones –la primera fueron los franciscanos descalzos– hasta que ya en el siglo XXI, y tras una profunda reforma, se dedicó a sus actuales funciones de seminario. Inaugurado a finales del XVII por el propio Cardenal Salazar, lo más característico de este edificio religioso es que está construido con el estilo que se conoce como barroco de placas cordobés, un sistema característico de la ciudad y del periodo y que se define por el uso de diversos elementos geométricos. En su construcción participó también el arquitecto lucentino Hurtado Izquierdo, que se encargó del retablo mayor. Las incorporaciones más recientes son una pequeña imagen de San Juan de Ávila que se puede ver en una hornacina exterior y que fue colocada en 2020, cuando se celebraba el 520 aniversario de este santo de origen manchego, patrón del clero secular español.

La escultura religiosa es la última vecindada en una plaza que en los últimos años también se ha visto afectada por el crecimiento de los veladores de hostelería o los aparcamientos de bicis y motos, elementos del mundo contemporáneo quizá necesarios para el turismo y para la movilidad de estudiantes y profesores pero que le restan encanto. La plaza del Cardenal Salazar se completa con un busto dedicado al oculista Al Gafequi y con una callejita que conduce al Museo Taurino y a la entrada trasera del Zoco Municipal, vía estrecha con un recoleto arco y que ahora luce muy bien cuidada tras muchos años en los que fue un callejón desconchado y sucio.

### **De la multitud de Deanes al silencio de la Calleja de la Hoguera**

Aunque dan ganas de sentarse aquí un rato mientras los jóvenes salen de sus clases, lo que toca es seguir recorriendo el laberinto de la

Judería. La decisión, tomada al paso, es doblar por la calle Deanes, vía de trazado muy antiguo y en la que a esa hora se arremolinan los turistas buscando en las numerosas tiendas de recuerdos que hay en esta histórica vía, escenario de momentos muy emotivos de la Semana Santa cordobesa desde hace tiempo pero más aún desde que la Catedral y este barrio se han convertido en los últimos años en destino obligado de todas las cofradías. Los expositores de los establecimientos, que tanto molestaban al espíritu refinado del poeta Pablo García Baena, se mantienen en esta calle como testimonio de ese punto horterero y multicolor que tiene casi siempre el turismo, en el que conviven el clasicismo de los elementos artísticos y arquitectónicos con camisetas de tonalidades chillonas, figuritas de plástico alusivas a los tópicos andaluces, mandiles con lunares flamencos y otras mil curiosidades y minucias destinadas a seducir al visitante.



*La seductora calleja de la Hoguera, vericuetto urbano que comunica las calles Deanes y Céspedes, que bajan al encuentro de la Catedral. (F. Ruiz).*

Como curiosidad de la calle Deanes, conviene detenerse en la casapatio del número 6, en la que vivió otro de los grandes personajes del Siglo de Oro cordobés, el Inca Garcilaso de la Vega. Su figura, que el cronista siempre ha imaginado elegante pero herida de melancolía por vivir entre dos mundos, que al cabo serían dos querencias. Desde Deanes se puede acceder también a la calleja de la Hoguera, una sinuosa vía que conduce a Céspedes y en la que se encuentra el oratorio —cuentan que de origen almohade— hoy conocido como la Mezquita de los Andaluces. También se conserva el estudio que aquí disfrutó hasta su muerte uno de los mejores pintores que tuvo Córdoba en las últimas décadas, el miembro del Grupo Cántico Miguel del Moral. Una pequeña placita mal iluminada ahí lo recuerda, aunque su familia nunca

haya podido ver cumplido su sueño de que tenga dedicada una casa-museo. El ambiente al callejón lo pone hoy una tetería, a la que acuden por la tarde numerosas personas de origen árabe para cumplir con esta tradición.

El paseo prosigue por la que se conoció tradicionalmente como calle de los Ángeles, hoy rotulada Conde y Luque como homenaje al político de tales apellidos, de nombre Tomás y que fue a inicios del XX alcalde y presidente de la Diputación. En el XIX, según contaba Ramírez de Arellano, hubo por aquí una fábrica de jabones y un convento, pero hoy lo que destacan son el restaurante Patio de la Judería y la casa-restaurant que hace de sede de la Federación de Peñas. Como el objetivo es llegar pronto a Rey Heredia, el cronista aligera el paso y va dejando a uno y otro lado, al pasar por la plaza de la Agrupación de Cofradías y la calle Blanco Belmonte, el Museo del Guadamecí Califal, una iniciativa privada muy hermosa que fundó el artesano Rafael García Romero y que hoy continúa con brío José Carlos Villarejo, y la Escuela Superior de Arte Dramático ‘Miguel Salcedo Hierro’, ubicada en el antiguo palacio de los Condes de las Quemadas. Algunos alumnos, felices en su sueño de futuros triunfos teatrales o cinematográficos, fuman un cigarrillo a esta hora de final de clases en la escalinata de acceso de este centro educativo, en el que se han formado en los últimos años importantes figuras del cine y la televisión actual como las actrices Inma Cuesta y Luz Valdenebro o el actor Aníbal Soto.

### **Rey Heredia y un sugerente zigzag**

Evitando el tránsito que se adensa conforme se acerca el centro comercial de la ciudad giramos a otra calle cargada de vivencias, Rey Heredia, cuyo nombre se debe a un célebre matemático y filósofo cordobés del siglo XIX. La vía tiene historia como pocas en esta zona, pues cuentan que conserva el trazado que tuvo en tiempos romanos, cuando formó parte del cardo máximo de la ciudad desde la ampliación de la urbe hacia el río que se vivió en los años del emperador Augusto. Muy estrecha en su arranque y en ligera pendiente, conduce si se desciende por ella a un cruce de caminos, que a la derecha lleva hacia la Mezquita-Catedral de nuevo por la calle Encarnación y que, algo más abajo y a la izquierda, lleva por la calle Horno del Cristo a la plaza Jerónimo Páez —compartida con el barrio de El Salvador-La

Compañía—, en la que se encuentra el Museo Arqueológico de Córdoba. Como elemento destacado de esta calle en su primer tramo está una de las portadas de lo que se conoce como Casa del Judío, un magnífico palacio que ha sido propiedad a lo largo de los siglos de linajes como la Casa del Carpio o los Medina Sidonia y que incluso estuvo ligada en la Edad Media con la Casa Real. Aunque la Universidad de Córdoba trató de llegar hace unos años a un acuerdo con sus dueños para convertirla en centro de estudios relacionado con la cultura hebrea, jamás se alcanzó un acuerdo con la actual familia propietaria, descendientes del judío que le dio nombre contemporáneo al palacio, Elie J. Nahmias.

El cronista, sabedor de que llegado a este punto del laberinto sólo queda caminar en zigzag, opta por adentrarse en la calle Encarnación, que debe su nombre al convento que hace esquina con Rey Heredia. Destaca desde el exterior su potente portada, en cuyos trabajos originales se ocupó Hernán Ruiz III, y justo en la esquina el fuste y capitel romanos que la adorna, muy dañado, pero que aún mantiene la leyenda en homenaje a un prócer de la Corduba romana. El monasterio, en el que viven las madres cistercienses, fue fundado a principios del siglo XVI en lo que había sido previamente la casa del canónigo Antón Ruiz, religioso natural de Fuente Obejuna. El edificio se estructura en torno a varios patios, aunque solo uno de ellos queda ajeno a la clausura: el de entrada, recoleto compás con palmera. La imagen actual de la



*El punto donde la calle Rey Heredia confluye con Encarnación concentra varios hitos de interés artístico, como el convento de clarisas, un fuste y capitel romanos marcando la esquina, y la fachada de la antigua mansión señorial de los Duques de Medina Sidonia, incorporada a la llamada hoy Casa del Judío. (Foto MC).*

iglesia, de estilo barroco, responde a las reformas realizadas durante el siglo XVIII. Como curiosidad, el cenobio guarda entre su tesoro religioso un Niño Jesús que apareció en el río Guadalquivir a comienzos de esa centuria y que según cuentan las propias monjas con humor fue lanzado al cauce por su autor al no gustarle el resultado final de su trabajo en cuanto a la proporción de cabeza y cuerpo.

El resto de la calle Encarnación ofrece otros atractivos. Por ejemplo, dos hoteles con encanto, construidos en antiguas casas con patio: el hotel Balcón de Córdoba, que debe su nombre a la magnífica panorámica que ofrece de la Mezquita, y el hotel Los Omeyas. La calle está también asociada a diversos artistas de la ciudad. Por ejemplo, al buen pintor del siglo XX Ángel López-Obrero, que aquí fundó junto a su esposa Mercedes el taller de cuero Meryan, de justa fama incluso internacional y que hoy continúan sus descendientes. Vecino del barrio fue también el dibujante y delineante Rafael Bernier, cuya casa, del siglo XVII, es la misma que hoy ocupa el hotel Balcón de Córdoba. Curiosa cuando menos resulta la tienda de antigüedades de Rafael Aguilera, en la que se pueden ver muebles historiados, cuadros, esculturas, vajillas e incluso trajes de torero cuyos días de brillo refulgente en los cosos hace tiempo que quedaron atrás. Otra curiosidad de la calle es que en ella vivió el inquisidor Diego Rodríguez de Lucero, figura oscura de inicios del XVI que según cuenta la historia tuvo que salir de la ciudad a las bravas después de instaurar el terror con centenares de víctimas.

### **Comedias y el encanto discutido de la Calleja de las Flores**

Desde Encarnación salimos de nuevo a la Mezquita, en la confluencia de Magistral González Francés con la histórica calle de las Comedias, hoy dedicada al gran arquitecto y conservador Ricardo Velázquez Bosco. La vía tiene hoy un marcado carácter hostelero, con múltiples tabernas de variada oferta gastronómica y diversas tiendas de recuerdos, aunque en el pasado fue espacio carcelario, pues aquí se instaló el presidio tras la Reconquista y, posteriormente, un célebre corral de comedias, en el que Ramírez de Arellano cuenta que trabajó entre otros el célebre dramaturgo sevillano Lope de Rueda, creador de los entremeses, que vivió sus últimos años en Córdoba. Se supone que este espacio escénico estaba en el edificio que ocupa el Colegio de

Enfermería, restaurado a inicios del siglo XXI. La vía también conserva el patio y recinto de unos baños de origen árabe, los de Santa María, y un convento.

Desde Velázquez Bosco se puede acceder a otras dos calles que antes se quedaron atrás en el paseo, y que el cronista decide visitar aunque sea al paso. Una de ellas la celeberrima Calleja de las Flores, una idea urbanística que fraguaron los hermanos Cruz Conde en sus años de alcaldía con la colaboración del arquitecto Víctor Escribano Ucelay y del artista antes mencionado Rafael Bernier Soldevilla, que diseñó la fuente de la placita en la que concluye esta vía sin salida. Típica imagen de postal, retratada cada año por miles de turistas, esta calle tiene también sus detractores, que la consideran una creación artificial ajena a la realidad original de este espacio histórico.



*Patio principal de Casa Árabe, institución alojada desde su creación en unas viviendas mudéjares del siglo XVI, que han sido objeto de una cuidada restauración. (Foto MC).*

Además de a la Calleja de las Flores, desde Comedias también se puede acceder a Samuel de los Santos Gener; da a ella la parte trasera del monasterio de la Encarnación y entre sus atractivos están un recoleto patio de una casa que gestiona Cáritas, en el número 6, y la llamada Casa Mudéjar, que acoge a la institución Casa Árabe. Se trata de un edificio que incluye varias viviendas originarias del siglo XVI y que se cree que fue residencia en su origen de Francisco Fernández de Córdoba, humanista del Siglo de Oro conocido como el Abad de Rute,

que dejó una extensa obra histórica sobre su propia familia, la del Gran Capitán. La fisonomía actual del espacio, que gestiona esta institución fue ideada por el Ministerio de Asuntos Exteriores a inicios del siglo actual, cuando el entonces ministro Miguel Ángel Moratinos –que aunque no era cordobés se presentaba a las elecciones por esta provincia– impulsó esta institución como centro de encuentro con el mundo árabe en el contexto de un proyecto hoy bastante olvidado que se llamó Alianza de Civilizaciones.

El cronista regresa tras este pequeño periplo a Cardenal Herrero y se para un instante ante la Virgen de los Faroles, un altar del XVII que destruyó un incendio en 1927. La pintura que la reemplazó tras el triste siniestro fue encargada por el alcalde Rafael Cruz Conde a Julio Romero de Torres, pero hoy se conserva en su museo, y la que se puede contemplar aquí es una copia pintada por su hijo Rafael. Al fondo se ve la Puerta del Perdón, acceso principal del Patio de los Naranjos, en el que se observa a un grupo de jóvenes turistas debatiendo tal vez si entran al vecino Burger King, del que ya se habló al comienzo de este paseo.

Para acabar con esta zona del barrio el paseante se acerca aunque sea unos minutos a la calle Céspedes, otro destino habitual de los turistas y que brilla con sus cuidadas macetas. Dedicada al pintor y religioso Pablo de Céspedes, tiene una de las casas-patio más bonitas de la zona, habitual en el concurso que se celebra cada mes de mayo, y el establecimiento hostelero Bodegas Mezquita, un lugar donde cientos de turistas acuden para disfrutar de los caldos de la D.O. Montilla-Moriles. Allí se detiene el cronista un instante –medio frío en mano, que atempera el ánimo– para revisar sus notas y para diseñar aunque sea en plan esbozo el último tramo de este paseo.

En el borde de la libreta anota una pregunta que verá semanas después durante el proceso de redacción y que le hará gracia: ¿se puede resumir de algún modo medio razonable la historia de este barrio en apenas unas páginas? Difícil, muy difícil.

### **La calleja del Pañuelo y el encanto bohemio de la plaza de Abades**

Comienza esta última fase del periplo en la plaza de Santa Catalina, sobrecargada de veladores, con tienda de recuerdos atestada de regalos

y el hotel Mezquita. Sale de ahí la calle Martínez Rücker, dedicada al compositor, abuelo del fino poeta Julio Aumente, otro de Cántico. En los primeros pasos ya se ve el rótulo del tablao flamenco Doble de Cepa, que está apostando en los últimos años por los nuevos talentos cordobeses del género. Al instante se accede también a la plaza de la Concha, donde se encuentra la Casa del mismo nombre, reformada en su día por Rafael de La-Hoz Arderius con la fortuna de que aparecieron allí un mosaico romano y un olvidado artesanado mudéjar. Este palacio del XVII es desde el primer tercio del siglo XX sede de las madres teresianas, edificio querido en la familia del cronista, pues ahí estudió su madre en su juventud cuando preparaba Magisterio. Imposible estando ya en la plaza no echarle un vistazo a la calle del Pañuelo, quizá la que más gusta y sorprende a los niños cordobeses cuando visitan esta zona de la ciudad. Aunque su nombre oficial es Pedro Jiménez, casi nadie la conoce por ese nombre, ya que la gracia es contar al visitante que esta vía de estética morisca, que cierra una plaza casi minimalista y dos naranjos que pintó el paisajista Rafael Botí, mide en su anchura mínima lo mismo que un pañuelo de señora extendido.



*En la plaza de Abades, zona ligada al antiguo mercado de la seda, destaca la portadita de la ermita dieciochesca de la Concepción, sencillo edificio hoy rehabilitado y adaptado para apartamentos turísticos, una tónica reciente en el casco histórico. (Foto MC).*

El paseo se retoma de nuevo en Martínez Rücker y se avanza ya a pie ligero entre tiendecitas de recuerdos y restaurantes enfocados al turismo. Tiene un itinerario sinuoso esta vía, que según dicen conecta-

ba la Mezquita con los baños árabes de la Pescadería, que eran unos de los más importantes del Califato. Hay en ellas varias casas interesantes del XV y el XVI, que van quedando atrás para llegar a la confluencia de la calle Osio con la plaza de Abades. Curiosamente ajena al turismo cercano, es un rincón singular, al que el bar El Barón ha dotado de un interesante ambiente artístico y creativo muy cordobés, pues son muchos los creadores de la ciudad que por aquí pasan en sus ratos de ocio. También es refugio de dos interesantes artistas de la Córdoba actual que aquí –ya casi embocados en Zapatería Vieja– tienen su casa y estudio, como el gran acuarelista Camilo Huéscar y el dibujante y guionista de cómic Francisco Muñoz, conocido en el ambiente cultural como Doctor Zonum, que también ejerce su vocación de médico en el Hospital Universitario Reina Sofía. En lo arquitectónico, lo más destacado de la plaza es la ermita de la Concepción, del siglo XVIII, edificio rehabilitado y adaptado a apartamentos turísticos bajo el nombre de La Ermita Suites. En lo histórico, aquí cuentan que estuvo el mercado de la seda, palabras que despiertan ecos de elegancia andalusí.

### **La ‘manzana de la reina’ y un convento que resume la historia de Córdoba**

El paseo prosigue ahora dirección Norte, volviendo hacia Rey Heredia por la calle que Córdoba le tiene dedicada al obispo Osio, Padre de la Iglesia y consejero del emperador Constantino I El Grande en el siglo III, sin duda uno de los mayores personajes que ha dado la ciudad a lo largo de su milenaria historia. Conecta esta larga calle –de sur a norte– Cardenal González con la plaza de Abades, Rey Heredia y Bataneros. Durante años se conoció como Trasera de Santa Clara y antes, por mor de los oficios, como calle de los Pellejeros. De trazado medieval cristiano, se cuenta que se abrió partiendo en dos lo que se conocía como la ‘manzana de la reina’, asociada a un palacio de propiedad real. Aunque Ramírez de Arellano la consideraba una de las calles más tristes de Córdoba, hoy tiene su encanto, principalmente por varias casas muy bien cuidadas y restauradas de los siglos XV, XVI y XVII, una de ellas dedicada a la hostelería, llamada Los Patios del Pañuelo.

El mayor atractivo de la calle se encuentra sin embargo cuando ya confluye con Rey Heredia, pues justo allí se encuentra el antiguo

Convento de Santa Clara, uno de los edificios más olvidados y al mismo tiempo más curiosos de Córdoba. “El alminar más esbelto que conserva la ciudad”, tal como define el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico la imponente torre del viejo edificio religioso, situado junto a la actual sede del Instituto Municipal de Turismo. Un cenobio histórico, ya que fue el primero de carácter femenino que hubo en Córdoba tras la entrada de los cristianos en el siglo XIII, y en cuyo edificio se acumulan las distintas fases del devenir de la urbe. Y es ahí donde radica su principal valor: en que fue primero iglesia, luego mezquita califal en tiempos de Almanzor y posteriormente convento de la orden franciscana de las clarisas.

Desacralizado en la desamortización de 1868, se usó como cuartel de Infantería y pasó luego a manos privadas, por lo que fue segregado. Casi un siglo más tarde, ya en el franquismo, lo adquirió el Ayuntamiento y se convirtió en el colegio mixto Julio Romero de Torres, con proyecto de adecuación del arquitecto municipal Víctor Escribano Ucelay. Ese pasado intenso, del que han escrito grandes historiadores e ilustrados cordobeses como Ramírez de la Casas-Deza y el canónigo Manuel Nieto Cumplido, o el periodista Francisco Solano Márquez, contrasta sin embargo con su situación actual: cerrado y sin proyecto conocido para su futuro uso. En su pasado reciente se acumulan además los fracasos, que no dejan de ser simbólicos de las dificultades de una ciudad para recuperar su historia y gestionar su patrimonio. El cenobio, que conservó el viejo minarete de la mezquita con la incorporación de un cuerpo de campanas, tuvo iglesia, refectorio, huerta, dormitorios para las religiosas, baños, leñera y también un surtidor de agua al que acudían a diario numerosos cordobeses.

Llegados de nuevo a Rey Heredia, calle que le sirve al cronista de eje en este tramo del paseo, llega el momento de acercarse a la plaza Jerónimo Páez, en la que se encuentra el Museo Arqueológico de la ciudad, sin dudarle uno de los mejores de Europa por su ingente cantidad de fondos y por el yacimiento del Teatro Romano que allí se puede ver. Para llegar hasta allí desde Santa Clara optamos por la calle Bataneros, que conduce tras una curva a Horno del Cristo. La primera evoca con su nombre a una profesión perdida, la de los profesionales del batán, herramienta que servía para tupir los tejidos naturales eliminando los componentes grasos. También es común recordarla como calle de prostíbulos, que en esta zona fueron frecuentes durante siglos

y hasta el periodo contemporáneo. Horno del Cristo debe su nombre por su parte a una imagen religiosa que hubo en la zona hasta mediado el XIX. En ella tiene su casa y estudio el escultor y académico Andrés Quesada Clavijo, una vivienda encantadora con patio clásico, obras de arte y antigüedades que el cronista tuvo la suerte de poder visitar junto a su propietario hace unos años.



*En la plaza de Jerónimo Páez sobresale la magnífica portada renacentista de Hernán Ruiz II, a la que una reciente restauración ha devuelto parte de su primitivo esplendor. (Foto MC).*

### **La calle de Julio Romero de Torres y la Córdoba a la que se abre el Portillo**

Desde ahí se avanza hacia la plaza Jerónimo Páez y ya se ven al fondo varios edificios. Lo más llamativo, la plaza abierta con los dos bloques arquitectónicos que forman el Museo Arqueológico y Etnológico. Uno es el edificio antiguo, que se corresponde con el palacio de los Páez de Castillejo, con portada magnífica y recientemente restaurada –tras largos años de espera– de ese genio del XVI que fue Hernán Ruiz II. El otro, el edificio nuevo, levantado en los albores del siglo XXI, permitió certificar de forma definitiva que los numerosos restos arqueológicos que allí se podían ver desde antiguo se correspondían con el antiguo Teatro Romano de Córdoba, algo que ya se sabía desde la década anterior.

El coliseo, según los estudios que hicieron entonces, llegó a ser el segundo mayor del imperio bajo el mandato de Augusto, con aforo

para 15.000 personas. Sus restos se pueden ver hoy durante la visita al Museo y son un elemento fundamental para comprender la magnificencia que tuvo Córdoba en los primeros siglos de nuestra era y bajo el impulso de la brillante civilización romana.

Cumplida la rápida visita al Arqueológico –que en puridad pertenece a otro paseo de este mismo proyecto y al barrio vecino de La Compañía–, el paseante vuelve a la plaza, en la que se puede disfrutar de la gastronomía cordobesa en el restaurante La Cávea. También completan el recinto diáfano el acceso a la Cuesta de Pero Mato, cuyo curioso nombre se vincula con la historia de un médico o actor portugués –eso fluctúa– que mató a su mujer en el siglo XVI por un ataque de celos, y otros dos edificios que merecen ser mencionados. Por una parte, la fachada principal de la Casa del Judío, de la que ya se habló páginas atrás; por otra, el Palacio de los Burgos, una mansión burguesa de finales del XIX que ocupa ya el número 14 de la calle vecina, Julio Romero de Torres. Aunque han existido diversos proyectos para dotar de vida a ambos edificios, nunca han cuajado hasta la fecha y los dos permanecen cerrados a cal y canto. Quizá más visible y sorprendente resulta el de los Burgos por su creativa fachada de ladrillo visto, muy propia de esos años de transición al siglo XX y con forma de U. Piensa el caminante que sería un perfecto escenario para hacer unas de esas novelas y teleseries de mansiones en las que los británicos son grandes maestros, pero al fin con acento y trasfondo cordobés.



*Desde 1920 la antigua calle Mascarones ostenta el nombre de Julio Romero de Torres, que tuvo aquí una casa en la que residió recientemente la peña flamenca de su nombre. (Foto MC).*

El paseo persigue ahora conectar desde aquí con la calle Cabezas, algo que se podría hacer por la calle Antonio del Castillo o por la de Julio Romero de Torres, una nueva bifurcación que reúne con ojo clínico al mejor pintor cordobés del Siglo de Oro con el mejor de la Edad de Plata, uniendo así estos dos periodos cenitales de la cultura española en los que Córdoba tuvo un gran protagonismo. El cronista, ante tal disyuntiva, decide bajar por Julio Romero de Torres, calle conocida hasta inicios del XX como Mascarones y que está rotulada con un precioso azulejo sevillano desde que en 1920 se decidió dedicar esta vía sinuosa al genial artista cordobés, que estuvo ligado a ella por dos motivos. El primero, y fundamental, que aquí vivía de joven su novia y futura esposa, Francisca Pellicer. El segundo, que en el número 4 compró una casa que hoy ocupa, según el rótulo de la puerta cerrada a cal y canto, la Peña Flamenca Julio Romero de Torres. El cronista recuerda sin embargo haber entrado a ese edificio decadente de amplios patios y estancias hace años, en la primera década del siglo, y no precisamente para escuchar flamenco sino a una especie de pub de horas tardías en el que se movía una bohemia juvenil de músicos, periodistas y poetas tan celebratoria como ebria.

El paseo, tras este recuerdo fugaz de juventud, prosigue su curso y alcanza al fin la calle Cabezas justo a la altura en la que ésta conecta San Eulogio y la calle Portillo. El caminante decide salir unos minutos por ahí, alejarse un instante de lo que fue el ámbito del barrio de la Villa por esa pequeña puerta abierta en el siglo XV para facilitar el tránsito y que evoca los años en los que la ciudad tuvo una muralla que la cruzaba casi que por la mitad. Como edificio destacado para el turista se puede visitar en la calle Portillo la Casa del Agua, un precioso museo de autor promovido por el artista Luis Celorio, en el que se analiza con numerosos objetos y de forma muy didáctica la relación de Córdoba con el líquido elemento, fundamental en cualquier ciudad y más si es populosa.

El cronista desciende por el arco del Portillo y observa unos minutos la calle San Fernando, perteneciente ya al barrio de San Francisco y dedicada al rey Fernando III y conocida aún hoy como de la Feria por sus antiguos usos festivos vinculados en su origen a la Virgen de Linares. La vía fue durante mucho tiempo la más larga de la ciudad y es la frontera Este del barrio de la Catedral. Calle abajo se ve la Cruz del Rastro, rodeada hoy de varios restaurantes siempre concurridos.

Cuentan que se instaló como homenaje de una matanza de judíos del siglo XV, aunque su actual fábrica es de hace una centuria escasa. Frontero al Portillo se ve el arco que conduce a la iglesia de San Francisco y su precioso compás, alejado ya hoy del ambiente de pobreza y marginalidad que mantenía hasta su reforma. Más arriba está la ermita de la Aurora, hoy desacralizada y casi en ruina, rincón habitual de mercadillo y almoneda, y también la fuente, elementos añadidos en el siglo XVIII. Pasan por la calle San Fernando cada pocos minutos los autobuses verdes de Aucorsa, símbolo contemporáneo de la Córdoba de los ensanches y las amplias avenidas, ajenos a los silencios del casco antiguo. Quizá por ello, porque distorsionan el relato, el cronista vuelve sobre sus pasos y regresa por el Portillo hasta el encuentro de la calle San Eulogio y Cabezas.

Se trata de un enclave incluido en lo que ahora se comienza a llamar el eje cultural de Ambrosio de Morales –calle compartida con el barrio de El Salvador-La Compañía–, y en el que se incluyen otras calles como Pompeyos, la plaza de Séneca y la plaza Jerónimo Páez.

### **Cardenal González y los oficios de Córdoba**

Desde este cruce de caminos, en el que confluyen dos barrios, el cronista decide bajar por Cabezas hacia Rey Heredia y buscando Cardenal González. Pasa por la Casa Góngora, sin vinculación biográfica con el poeta pero en la que se instaló la sede del Centro de Estudios Gongorinos en 2007. El edificio, una casa del XVII que fue antes Archivo Notarial, integra también la sala de exposiciones municipal Galatea, dividida en tres estancias que circundan un patio central. Justo después de este inmueble, lo que más sorprende de la calle es el monumental Palacio de los Marqueses del Carpio. Altísima su fachada,



*En la calle Cabezas –topónimo que la leyenda asocia con los Siete Infantes de Lara– destaca la severa torre medieval perteneciente a la antigua casa de los Marqueses del Carpio. (Foto MC).*

impresionante, tanto que el resto de casas de la calle, pese a ser muchas de ellas antiguos palacetes, quedan en menos.

Destaca sin embargo por su sinuosa y rica historia la llamada Casa de las Cabezas, un amplio inmueble con cuatro patios y un precioso callejón interior que da nombre a la calle, que fue reformado por el notario Manuel Ramos Gil hace una década y que durante unos años, hasta la pandemia de coronavirus de 2020, funcionó como museo en el que se podía observar cómo era el contexto cotidiano de una familia en la Edad Media. La tradición señala que fue en el periodo musulmán palacio de Almanzor y escenario principal de la enrevesada leyenda de “Los siete Infantes de Lara”, plagada de traiciones y de sangre como corresponde en estos casos vinculados con la Edad Media, inspiración de tantas obras de arte de género épico. La casa también está ligada con la tradición hebrea, pues se dice que funcionó en el siglo XV como sinagoga clandestina, hasta que fue descubierta por la Inquisición dando pie a un ajusticiamiento colectivo de las personas que allí acudían a orar, incluido su propietario. Pocas casas cordobesas, como se ve, acumulan tanta historia como ésta.

El paseo va llegando a su final. El cronista llega de nuevo a Rey Heredia, que como se dijo sirvió de eje de este paseo, y de ahí conecta con Cardenal González, la calle en la que se forjó la leyenda de los plateros cordobeses. Según investigaciones recientes, era aquí donde desde el siglo XVII al XVIII tuvieron la gran mayoría de sus talleres estos artistas, algunos de los cuales alcanzaron cotas altísimas y dejaron piezas fabulosas, especialmente vinculadas con la procesión del Corpus. La colaboración con los joyeros la tenían fácil, pues estos tenían su asiento principalmente en la vecina calle de la Feria. Los plateros alquilaban sus talleres de por vida a la Iglesia como propietaria de muchos de ellos y a las familias aristocráticas, que a la vez eran su clientela habitual. Aunque lo que mejor se conserva de ese periodo, en el que nació la tradición joyera de la que hoy Córdoba se enorgullece, es ese legado religioso, los artistas de la platería hacían piezas muy diversas tanto para el adorno de las damas como para complementos de la vestimenta masculina y femenina. Esa tradición del gremio, que se agrupaba en torno a la cofradía de San Eloy, acabaría diluyéndose desde el XVIII.

Hoy Cardenal González es una calle bulliciosa durante el día y tranquila por la noche, pues son pocos los vecinos que viven por aquí,

muchos menos de la época en la que existían casas-patio vecinales. Lo que abundan son las tiendas y especialmente los restaurantes, como un argentino llamado La Tranquera, especializado en carne a la brasa y en empanadas, o el Horno de San Luis, un espacio informal de tapeo y copas. Aunque quizá el local más conocido de esta calle sean los Baños Hamman, que ofrecen una recreación de los baños árabes e incluso ofrecen un espectáculo inmersivo inspirado en *El collar de la paloma*, el texto de Ibn Hazm sobre el amor escrito hace mil años. Más allá de estos negocios, Cardenal González da acceso —en su acera izquierda conforme se avanza a La Mezquita— a numerosas plazas y callejitas, conectadas algunas de ellas con la Ronda de Isasa. Sus nombres: calle Amparo, calle Cara, calle Pozo de Cueto o Poeta Ricardo Molina. En una de ellas vive por ejemplo el exitoso escritor de cómic y profesor Andrés G. Leiva, mientras que en la recoleta plaza de la Alhóndiga se encuentra el tablao El Jaleo. La antigua taberna El Tablón perdió su típica piqueta al transformarse en un bar moderno, pero el nombre que se da en Córdoba a esta ventanita tabernaria lo han adoptado los antiguos dueños en el hostel instalado en la esquina con Magistral González Francés; un detalle sentimental.



*La calle Cardenal González conecta con la del Corregidor Luis de la Cerda, que en la fachada meridional de la Mezquita recuerda a la autoridad municipal que se opuso a la construcción del crucero de la Catedral. (Foto MC).*

El final de Cardenal González conduce por último a Corregidor Luis de la Cerda, donde se encuentra el hotel Posada de Vallina, cuyo origen se remonta a la Edad Media, cuando se convirtió en una de las

posadas más célebres de España por su cercanía con la aduana y la Puerta del Puente, que daba pie a que numerosos comerciantes se alojasen allí. Incluso se cuenta que Cristóbal Colón pasó en esta hospedería alguna noche. De ahí hay un paso a la Plaza del Triunfo, en la que el cronista se entretiene un instante observando las dos casas en las que estuvieron hace algo más de un siglo los palacios de la fotografía de Rafael Señán y Rafael Garzón. Coloridas y singulares, con algo *chic* en su remedo árabe, evocan esa época en la que la fotografía iba ganando terreno y dignidad, mientras que los fotógrafos convertían sus casas en auténticos reclamos. Hoy ambas viviendas han perdido ese uso tan original del que mucha gente nada sabe y sin el que es difícil explicar su singularidad arquitectónica y su colorido.

### **El final en el Laberinto**

El cronista cierra al fin su libreta de notas y pasea despacio camino de su casa, que está en la Magdalena. Piensa en el título del texto y conviene que nada mejor que mezclar las palabras laberinto, poder y fe. Sorteando los innumerables veladores que se extienden en la Ronda de Isasa, se encuentra con el expositor de viejo de la librería El Laberinto. Y ningún lugar mejor para concluir este laberíntico relato que ese espacio de libros y sabiduría, con una magnífica sección dedicada a la historia de la ciudad.

A batallas de amor, campo de pluma, escribió Góngora. Y con ese verso en la mente pone el cronista final a su paseo y teclea meses más tarde este definitivo punto y final.

### **Bibliografía seleccionada**

- CALVO POYATO, José; LORA SERRANO, Gloria. *El templo de Córdoba. Los constructores de la Mezquita-Catedral*. Almuzara, 2020.

- CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Historia de Córdoba*. Publicaciones de la Librería Luque. 1993.

- DE MONTIS, Ricardo. *Notas cordobesas. Recuerdos del pasado*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1989.

- GÁMIZ GORDO, Antonio. *La Mezquita-Catedral de Córdoba: fuentes gráficas hasta 1850*. Revista *Al-qantara*. Vol. 40, fasc. 1, pp. 135-183. 2019.

- MUÑOZ MOLINA, Antonio. *Córdoba de los Omeyas*. Planeta Pocket, 2019.

- MONTERROSO, Alberto. *Séneca, la sabiduría del imperio*. Almuzara, 2018.
- NIETO CUMPLIDO, Manuel. *La Catedral de Córdoba*. Cajasur, 2008.
- RAMÍREZ DE ARELLANO GUTIÉRREZ, Teodomiro. *Paseos por Córdoba*. Librería Luque-Everest. León, 1973.
- RODERO, Santiago, y MORENO, Maudilio. *Datos arqueológicos inéditos de la Sinagoga y su entorno*. Revista *Meridies*. Núm. 12, pp. 7-28. 2021.
- LEVA CUEVAS, Josefa. *Una elite en el mundo artesanal de la Córdoba del siglo XV y XVI: plateros, joyeros y esmaltadores*. Revista *Ámbitos*, núm. 16, pp. 99-115. 2006.
- VENTURA, José Manuel. *Historia de Córdoba*. Almuzara, 2019.
- VILLAR, Alberto; DABRIO, María Teresa; PÉREZ, María del Mar y DÍAZ SEGOVIA, José Luis. *Córdoba, Patrimonio de la Humanidad*. Córdoba, 1997.

## ANEXO

### Breve explicación de los topónimos del barrio de la Catedral por Francisco Román Morales

**Abades**, plaza. Conformada hacia 1528, el nombre de la plaza hace alusión a unos antiguos eclesiásticos, titulares de esta dignidad, residentes en el lugar.

**Agrupación de Cofradías**, plaza. Por acuerdo plenario de 6 de abril de 1995 se acordó, sin mucho sentido, retirar su nombre tradicional de plaza de Benavente.

**Ahumadas**, callejón. El nombre se debe al apellido de una familia que habitó en este enclave.

**Albucasis**. (Córdoba, 938-1013). Médico notable. Alcanzó gran reputación profesional. Su libro titulado *al-Tasri* era una auténtica enciclopedia médica.

**Alcázar**, avenida. Esta vía alude al contiguo Alcázar de los Reyes Cristianos, que comenzó a construirse en 1238.

**Alfayatas**. La denominación de esta calle se debe a que, tradicionalmente, fue zona donde residían y trabajaban las sastras.

**Alhóndiga**, plaza. En las ciudades islámicas la alhóndiga era la casa dedicada a la compra y venta de trigo. En el caso cordobés surge por la donación que San Fernando hace de sus tiendas a un grupo de particulares.

**Almanzor**. Abu ‘Amir Muhammad ben Abi ‘Amir, llamado al-Manṣūr “el Victorioso de Alá”, [Torrox (Málaga), c. 939- Medinaceli, 1002]. Militar y político, canciller del Califato cordobés y hayib (chambelán) de Hisham II. Durante más de veinte años ejerció el poder absoluto en al-Andalus.

**Amador de los Ríos.** José Amador de los Ríos (Baena, 1818-Sevilla, 1878). Polígrafo, ensayista, crítico literario, investigador, político, fue autor de la *Historia Crítica de la Literatura Española* y la *Historia de los Judíos de España y Portugal*.

**Amparo.** Su nombre evoca el viejo Hospital del Amparo y de la Magdalena, fundado en el siglo XVI por la Hermandad de Calceteros.

**Antonio del Castillo.** Antonio del Castillo y Saavedra (Córdoba, 1616-1668) es el pintor cordobés más destacado del siglo XVII. Se forma en el taller de Ignacio Aedo Calderón. Su pintura se caracteriza por una cierta seguridad y simplicidad arcaizante ya en plena etapa barroca.

**Arquillos,** calleja. Su nombre remite a la leyenda de los Siete Infantes de Lara. Según la tradición, en esta calleja fueron expuestas las cabezas de dichos nobles.

**Arquitecto Manuel Pastor,** pasaje. Manuel Pastor Madueño (Córdoba, 1930-1970) Arquitecto. Hombre de exquisita experiencia arquitectónica y buen gusto artístico, intentó recuperar el verdadero contenido de los recovecos cordobeses.

**Arriaza,** calleja (bocacalle de Fernández Ruano). Aunque en la actualidad esta calle no aparece rotulada, su nombre se debe a un antiguo vecino de la misma, maestro albañil de profesión, llamado Pedro de Arriaza.

**Ave María,** plazuela. Situada en el ensanche donde se encuentra la Escuela Superior de Arte Dramático, recibe su nombre porque, según Ramírez de Arellano, “es el punto desde donde se percibía mejor la voz que daban desde la torre de la Catedral al tocar el alba, las doce y la oración”.

**Averroes.** Abū al-Walīd' Muhammad ibn Aḥmad ibn Muḥammad ibn Rušd. [Córdoba, 1126-Marrakech (Marruecos), 1198] fue maestro de filosofía y leyes islámicas, matemáticas, astronomía y medicina. Defendió la conciliación entre fe y razón.

**Badanillas.** Conocida también por la Pellejería Vieja, esta calle concentraba a los artesanos que se dedicaban a realizar badanas delgadas o finas, de ahí el diminutivo.

**Bataneros.** A lo largo de la historia, estos artesanos eran los encargados de manejar los batanes, máquinas compuestas de gruesos mazos de madera, movidos por un eje para golpear, desengrasar y enfurtir o dar cuerpo a los paños u otros tejidos de lana.

**Blanco Belmonte.** Marcos Rafael Blanco Belmonte (Córdoba, 1871-1936). Poeta y narrador. Cultivó la nota cordobesa con verdadera intensidad. Está considerado como un poeta de buenos sentimientos cristianos hacia los oprimidos.

**Buen Pastor.** El actual nombre de la calle hace referencia a un colegio fundado, en 1613, por las Madres Filipenses en el antiguo convento de San Roque.

**Cabezas.** El nombre de esta calle está unido al relato de los Siete Infantes de Lara. Le fue impuesto en los primeros años del siglo XV y ha llegado hasta nuestros días.

**Cairuán.** Esta calle recibe su nombre en honor a la ciudad homónima tunecina, hermanada con Córdoba desde mayo de 1968.

**Caldereros.** Unos portugueses que se instalaron en ella y que se dedicaban a la fabricación de utensilios de cobre serían los responsables del topónimo.

**Campo Santo de los Mártires,** plaza (tangencial a La Catedral). Esta gran plaza recibe su nombre por la creencia de que en aquel lugar recibieron martirio muchos fieles cristianos en época musulmana.

**Canónigo Torres Molina,** plaza. Natural de Rute, fue titular de las parroquias de El Salvador, Santo Domingo de Silos y Sagrario. En 1948 fue nombrado canónigo de la Catedral con dignidad de Chantre. Murió en Córdoba en 1971.

**Caño Quebrado.** En sus *Paseos por Córdoba* Ramírez de Arellano justifica el nombre por la presencia de una gruesa columna situada en el extremo suroriental de la Catedral que, al parecer, habría sido quebrada –de ahí el nombre– por un rayo.

**Cara.** Toma su nombre de un cuadro que representaba la Santa Faz.

**Cardenal González.** Fray Zeferino González Díaz de Tuñón, O. P. [Villoria (Asturias), 1831-Madrid, 1894]. Fue el filósofo más riguroso de la segunda mitad del siglo XIX. Entre 1875 y 1883 es obispo de Córdoba, donde organizó los Círculos Obreros y adaptó los Seminarios eclesiásticos al bachillerato civil.

**Cardenal Herrero.** Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros [Jerez de la Frontera (Cádiz), 1822-Valencia, 1903]. Obispo de Cuenca, Vitoria, Oviedo y Córdoba (1883-1898), cardenal-arzobispo de Valencia, jurista y escritor. En 1891 realizó la nueva ordenación parroquial de la capital.

**Cardenal Salazar,** calle y plaza. Fray Pedro de Salazar y Toledo (Málaga, 1630-Córdoba, 1706). Ocupa la Silla de Osio entre 1686 y 1706. Amplió la enseñanza en el Seminario de San Pelagio. Edificó la capilla donde está su sepulcro. Funda el Hospital que llevaba su nombre, hoy Facultad de Filosofía y Letras.

**Céspedes.** Pablo de Céspedes (Córdoba, ¿1538? -1608). Humanista, teórico del arte, pintor, escultor, arquitecto y poeta. Formado en la Universidad de Alcalá de Henares. Tras pasar por Italia, fue uno de los primeros artistas españoles en traer las formas e ideas renacentistas.

**Concha,** plaza. Con casi toda probabilidad, el nombre de la plaza recuerde al antiguo propietario del inmueble que hace rincón en el lateral izquierdo, hoy residencia de la Institución Teresiana.

**Conde y Luque.** Rafael Conde y Luque (Córdoba, 1835-1922). Jurista, catedrático de Derecho Internacional y rector de la Universidad Central de Madrid, diputado a Cortes y senador real durante la Restauración. Desarrolló una ingente actividad parlamentaria y fue jefe del Partido Conservador en nuestra ciudad.

**Conejera,** calleja. En los *Paseos por Córdoba* se afirma que el nombre de esta calleja recuerda el apodo de un antiguo vecino de la misma.

**Corregidor Luis de la Cerda.** Al corregidor Luis Messía de la Cerda le cabe el honor de haber sido el primer defensor, en 1523, de la antigua Mezquita, enfrentándose al obispo Alonso Manrique cuando este decidió construir la nave del crucero de la Catedral.

**Cruz del Rastro,** plaza (compartida con San Francisco). Dos cuestiones distintas, coinciden en este lugar: la Cruz recuerda las persecuciones desarrolladas en 1473

contra los judíos conversos, mientras que el Rastro alude a un viejo rastrillo que existió en este punto y que, en 1568, fue trasladado a la bajada del Puente Romano.

**Deanes.** En opinión de Ramírez de Arellano, el título de la calle procede del hecho de que estas dignidades eclesiásticas tuvieron su casa en la misma.

**Don Rufino Blanco y Sánchez.** [Mantiel (Guadalajara), 1861-Madrid, 1936]. Pedagogo y periodista. Ocupó cargos relevantes en instituciones culturales y políticas. Fue asesinado en octubre de 1936.

**Doña Muña.** Según relata Ramírez de Arellano, fue una señora perteneciente a la familia de los Marqueses del Carpio, propietarios de la casa palacio que presenta fachadas a las calles de las Cabezas y San Fernando.

**Elie J. Nahmias,** plaza. Elie J. Nahmias, de origen judío Sefardí Tahor (verdadero). [Gümülcine (Turquía), 1908-Fréjus (Francia), 1994]. Amante de nuestra ciudad, consiguió conformar un auténtico palacio uniendo la casa solariega de Medinaceli con la de Casas Altas.

**Encarnación.** La calle recibe el nombre del monasterio de la Anunciación de Nuestra Señora, vulgarmente llamado “de la Encarnación”, fundado en 1503.

**Flores,** calleja de las. Aparece con este nombre en el plano de 1884. Desconocemos el origen del topónimo, hoy universalmente conocido gracias a la intervención del alcalde Antonio Cruz Conde, bajo cuyo mandato adquirió su aspecto actual. El investigador Juan Galán afirma que podría ser la antigua calle de Armenta.

**Hoguera,** calleja de la. El origen de este nombre es desconocido. En fecha indeterminada, una casa la partió en dos barreras sin salida, que recibieron el nombre de Quero, sochantre de la Catedral que vivía en dicha casa.

**Horno de Guiral,** calleja. Esta calleja barrera recibe su nombre por su localización, lindera con las casas solariegas de los señores de este nombre.

**Horno de Porras.** Un horno de pan o tahona, instalado en la citada calle, será el que dé origen a su nombre. Data del siglo XVII y su propietario fue un hombre cuyo primer apellido era Porras.

**Horno del Cristo.** Según Ramírez de Arellano, esta calle debe su nombre a un Santo Cristo que, hasta 1841, estuvo en la fachada y después en el interior del horno allí existente, al parecer, uno de los más antiguos de Córdoba.

**Jerónimo Páez,** plaza (compartida con La Compañía). Los Páez de Castillejo fueron una familia asentada en este enclave desde finales del siglo XIV. A lo largo de los siglos XV y XVI distintos miembros de la misma ocuparán puestos de relieve, tanto junto a la corona como en la ciudad.

**Judá Leví,** plaza. Jehudah Lebi ben Saul -Judá Leví. [Tudela (Navarra), c. 1070-Egipto o cerca de Jerusalén, 1141-1161]. Médico, poeta, teólogo, filósofo. Fue uno de los sabios más importantes de la época.

**Judería.** Tras la conquista castellana, la población judía es concentrada en esta zona de la ciudad, teóricamente para garantizar su seguridad, aunque en realidad era por la desconfianza que inspiraban.

**Judíos.** El topónimo de esta vía alude al proceso de segregación de la población judía cordobesa, ya en época cristiana. Por otra parte, en esta calle se encuentran los

restos de la gran sinagoga de Córdoba, de la que hoy queda sólo una pequeña sala de oración.

**Julio Romero de Torres.** (Córdoba, 1874-1930). Pintor nacido en el seno de una familia de artistas representó a Córdoba “de mil maneras en clave simbólica” y captó la figura femenina “con acento morboso y enigmático”, según el profesor Villar Movellán. Popular representante del regionalismo andaluz y cotizado retratista. El Ayuntamiento le dedica un Museo en el antiguo Hospital de la Caridad, con obras donadas a su ciudad, entre las que figuran el políptico *El poema de Córdoba*, *Nuestra Señora de Andalucía* y la popular *Chiquita Piconera*.

**Junio Galión.** Marco Anneo Novato (Córdoba s. I a.C.-65 o 66 d.C.). Era hermano de Séneca. Fue procónsul de Acaya (Grecia) y, según los *Hechos de los Apóstoles*, salvó la vida del apóstol Pablo, acusado por los judíos.

**Luna,** calleja de la. Este bello enclave, proyectado en 1964 por el arquitecto José Rebollo, recibe su nombre de una efigie de la Virgen de Luna, patrona de las localidades de Los Pedroches Pozoblanco y Villanueva de Córdoba.

**Magistral González Francés.** Manuel González Francés (Cuenca, 1844-Córdoba, 1901), llamado por antonomasia “El Magistral”, fue el mejor orador de Córdoba del siglo XIX. Fundador de las escuelas Asilo de Infancia, entre ellas el Colegio de la Milagrosa (1899).

**Maimónides,** plaza. Moshé Ben Maimón [Córdoba, 1135-Fostat (Egipto), 1204]. Conocido en occidente como Maimónides, el médico judío. Dominaba desde niño las matemáticas, la astronomía, la filosofía y la física. En el exilio escribe un comentario al Talmud babilónico y un manual en hebreo para el Talmud. Su obra más famosa es la *Guía de perplejos*.

**Manríquez.** Situada en el corazón de la Judería cordobesa, recibe el nombre de una familia nobiliaria, los Manríquez, que tenían en esta calle su casa palacio.

**Marqués del Villar** (compartida con la Compañía). El topónimo recuerda a Juan Pérez de Saavedra, Marqués del Villar, hombre acaudalado y gran aficionado a los toros, inclinación que lo llevaría a la tumba tras una discusión con otros nobles, por una disputa entre uno de sus criados y varios toreros.

**Martínez Rücker.** Cipriano Martínez Rücker (Córdoba, 1861-1924) Compositor y extraordinario pianista protagonista de la actividad musical durante las dos primeras décadas del siglo XX. En 1902 funda la Escuela Provincial de Música, germen del Conservatorio Superior de Música, el más antiguo de Andalucía.

**Medina y Corella.** José de Ayuda Medina y Corella [Fuendejalón (Zaragoza), 1726-Córdoba, 1804]. Arcediano de Pedroche y canónigo catedralicio. A su muerte, entre otras mandas, dispuso trescientos mil reales para fundar y establecer con ellos un Monte Pío, germen del Monte de Piedad (hoy Cajasur).

**Mesas,** calleja de los. Calleja barrera existente junto a la Escuela Superior de Arte Dramático, donde vivió una de las familias más nobles de Córdoba, a la que perteneció el obispo Fernando de Mesa, prelado de la diócesis de Córdoba entre 1257 y 1274.

**Osio.** El obispo Osio asiste a los concilios de Ilíberis (Granada) en 301 y de Nicea (325), donde, bajo su inspiración, se redacta el Credo. Fue consejero de Constantino y es considerado santo por la iglesia ortodoxa.

**Pan y Conejo,** calleja. El nombre de esta calleja sin salida, así conocida desde muy antiguo, aludiría al apodo de alguno de sus vecinos, “pues no de otro modo se explica tan ridículo nombre”, afirma don Teodomiro.

**Pastel,** calleja. Calleja barrera existente en la calle Judería. Al decir de Ramírez de Arellano, este nombre existe desde antiguo, pero se desconoce el origen.

**Pedro Jiménez.** Conocida popularmente como “calleja del Pañuelo”. Desde el siglo XVIII mantiene su nombre actual, recordando a un popular vecino de la misma.

**Pintor Carlos González-Ripoll,** plazuela. Carlos González-Ripoll (Córdoba 1919-2012). Con 54 años se decide a pintar de forma autodidacta, animado por el fotógrafo Pepe Jiménez. Su pintura de estilo “naif” describe a la perfección la vida cordobesa de la primera mitad del siglo XX.

**Pintor Miguel del Moral Gómez,** plaza. (Córdoba, 1917-1998). Integrante del Grupo Cántico. Está considerado uno de los pintores más importantes de esta ciudad en la segunda mitad del siglo XX.

**Poeta Ricardo Molina.** Ricardo Molina Tenor [Puente Genil (Córdoba), 1917-Córdoba, 1968]. Poeta, profesor y articulista. Cofundador de la revista *Cántico* (1947). Impulsor del primer Concurso Nacional de Cante Jondo en 1956. Autor de los poemarios *Elegías de Sandua*, *Corimbo* y otros, y del ensayo *Mundo y formas del cante flamenco*, en colaboración con Antonio Mairena.

**Portería de Santa Clara.** El nombre proviene de la portería del citado convento, allí situada, fundado en 1264 por el arcediano de la Catedral Miguel Díaz de Sandoval, siguiendo órdenes de Alfonso X el Sabio.

**Portillo.** Escobar Camacho señala que este punto de la ciudad coincide con uno de los postigos árabes abiertos en la muralla oriental de la Medina. También fue conocido como “Portillo de San Francisco” por su proximidad al convento de San Pedro el Real.

**Pozo de Cueto.** Esta calle con plazuela toma su nombre del apellido de un vecino que vivió en ella.

**Rey Heredia.** José María Rey y Heredia (Córdoba, 1818-1861). Filósofo, matemático y pensador. En contra de su voluntad fue nombrado miembro de la Academia de Córdoba. El alcalde de la ciudad Carlos Ramírez de Arellano lo definió como “cordobés tan modesto y probo, como sabio profundo”.

**Romero.** Ramírez de Arellano afirma que esta calle recibió el nombre por el apellido de uno de sus vecinos.

**Ronda de Isasa.** El título de esta avenida recuerda al político cordobés Santos Isasa Valseca [Montoro (Córdoba), 1822-Madrid, 1907]. Miembro del partido conservador y jurisconsulto. Fue subsecretario de Gracia y Justicia y ministro de Fomento con Cánovas (1890-1891).

**Salmorejo Cordobés**, calleja. La antigua calleja del Arco sustituyó su nombre recientemente por el del plato más afamado de la gastronomía cordobesa, el salmorejo, aunque no entendemos la razón del cambio.

**Samuel de los Santos Gener**. [Cartagena (Murcia), 1888- Córdoba, 1965]. Historiador y arqueólogo. Director del Museo Arqueológico de Córdoba (1926-1958). Fue el primero en destacar la importancia de la Córdoba romana y formuló la tesis de la existencia de un núcleo indígena en la Colina de los Quemados.

**San Eulogio**. Presbítero y mártir (Córdoba, c. 800-859). Se le considera el gran doctor de la Iglesia mozárabe. Su defensa del cristianismo lo enfrentará con las autoridades musulmanas, por lo que acabará decapitado.

**Santa Catalina**, plaza. La plaza de Santa Catalina (de Alejandría) toma el nombre de la puerta de la Catedral así titulada, que a su vez recibió esta denominación por su cercanía a la iglesia y convento dedicados a dicha santa, aunque después pasó a denominarse de Santa Clara, dato documentado desde el año 1268.

**Santa Teresa Jornet**, pasaje (compartido con San Basilio). Teresa Jornet e Ibars [Aytona (Lérida), 1843-Liria (Valencia), 1897]. Fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

**Tiberiades**, plazuela. Es un ensanche de la calle de los Judíos, que acoge el monumento a Maimónides, obra de Amadeo Ruiz Olmos (1964). Según la tradición, en esta ciudad de la baja Galilea descansan los restos del sabio cordobés.

**Tomás Conde**. Tomás Conde y Luque (Córdoba, 1833-1888). Alcalde de la ciudad, empresario y presidente de la Diputación Provincial, a lo largo del último cuarto del siglo XIX.

**Torrijos**. José María Torrijos (Madrid, 1791-Málaga, 1831). General español fusilado por conspirar contra la Monarquía absolutista de Fernando VII. Participó en el levantamiento del general Rafael de Riego, que dio paso al llamado “Trienio Liberal” (1820-1823) y que obligó a Fernando VII a jurar la Constitución.

**Triunfo**, plaza del. Esta plaza recibe su nombre por la presencia del mejor de los Triunfos dedicados a San Rafael, obra del francés Miguel de Verdiguier (1765), y no porque la Puerta del Puente parezca un arco de triunfo.

**Velázquez Bosco**. Ricardo Velázquez Bosco (Burgos, 1843-Madrid, 1923) fue el primer arquitecto que, durante 32 años, dirigió las obras de restauración de la Mezquita-Catedral, contando con la inestimable ayuda de Mateo Inurria. Además, desde 1911 comenzó las primeras excavaciones en Medina Azahara.

**Villa Ceballos**. El nombre de esta calleja alude a la familia de los Villaceballos, que tenían allí su casa. Ramírez de Arellano destaca la figura de Pedro de Villaceballos, coleccionista de antigüedades.

**Villaseca**, calleja. Recuerda a uno de sus antiguos moradores.

**Zapatería Vieja**. A lo largo de la historia, esta calle siempre ha estado relacionada con la fabricación de zapatos. También fue denominada como la Chapinería o la Zapatería y por último Zapatería Vieja, uniéndole el adjetivo para distinguirla de la Zapatería situada en un tramo de la actual calle de Alfonso XIII.

Este callejeo por el casco histórico se concibe como una serie de paseos descriptivos por los barrios tradicionales que surgieron a partir de la conquista cristiana en torno a las parroquias fernandinas; un periodismo de inmersión en los barrios que conjuga descripciones, evocaciones históricas, referencias artísticas y testimonios de variada índole, con la aspiración final de ofrecer unos textos divulgativos e ilustrados al alcance de todo tipo de lectores. Los trabajos originales fueron expuestos por los autores –periodistas vinculados a los tres diarios cordobeses 'de papel', académicos en su mayoría– a lo largo de un ciclo celebrado en noviembre de 2023 y ahora recopilados en estas páginas que pretenden salvarlos de su fugacidad. La inclusión en la colección que la Real Academia de Córdoba dedica a Teodomiro Ramírez de Arellano coincide con el 150 aniversario de la publicación escalonada de los *Paseos por Córdoba*, una obra popular y de referencia, y por tanto pretenden rendir homenaje a tan preclaro cronista.

Entre las singularidades que el Presidente de la RAC, Bartolomé Valle, aprecia en la presentación de esta obra, la primera es la conceptualización de los barrios de hoy, pues "con independencia de su delimitación administrativa actual, los barrios del casco histórico de Córdoba son un balcón a la Edad Media, un reflejo de las collaciones y que cuando los mencionamos, en realidad, aludimos a la parroquia matriz en torno a la cual se integra el callejero y aglutina la feligresía. En realidad se trata de parroquias con barrio que integran la paradoja aparente de un vecindario cristiano que habita sobre un parcelario de morfología musulmana".

